

La memoria de la tierra

*Una
historia
familiar*



La memoria de la tierra

*Una
historia
familiar*

La memoria de la tierra: Una historia familiar

© de los textos, 2021: sus respectivos autores

© de la edición, 2021: Alicia López Ibáñez

José Ángel Sánchez Ibáñez

REDACCIÓN Y COORDINACIÓN DE TEXTOS

Alicia López Ibáñez y José Ángel Sánchez Ibáñez

ESCULTURA DE CUBIERTA

Alberto Ibáñez Irache

DISEÑO E IMPRESIÓN

Bolboreta Press, Zaragoza

MAQUETACIÓN Y DISEÑO DE CUBIERTA

Guillermo Mendoza Remacha

ENCUADERNACIÓN

Milagros Cólera, Zaragoza

DEPÓSITO LEGAL.— Z 990-2021

TIPOGRAFÍA.— Source Serif 4 (Frank Grießhammer)

LA MEMORIA DE LA TIERRA
UNA HISTORIA FAMILIAR

ÍNDICE

.....

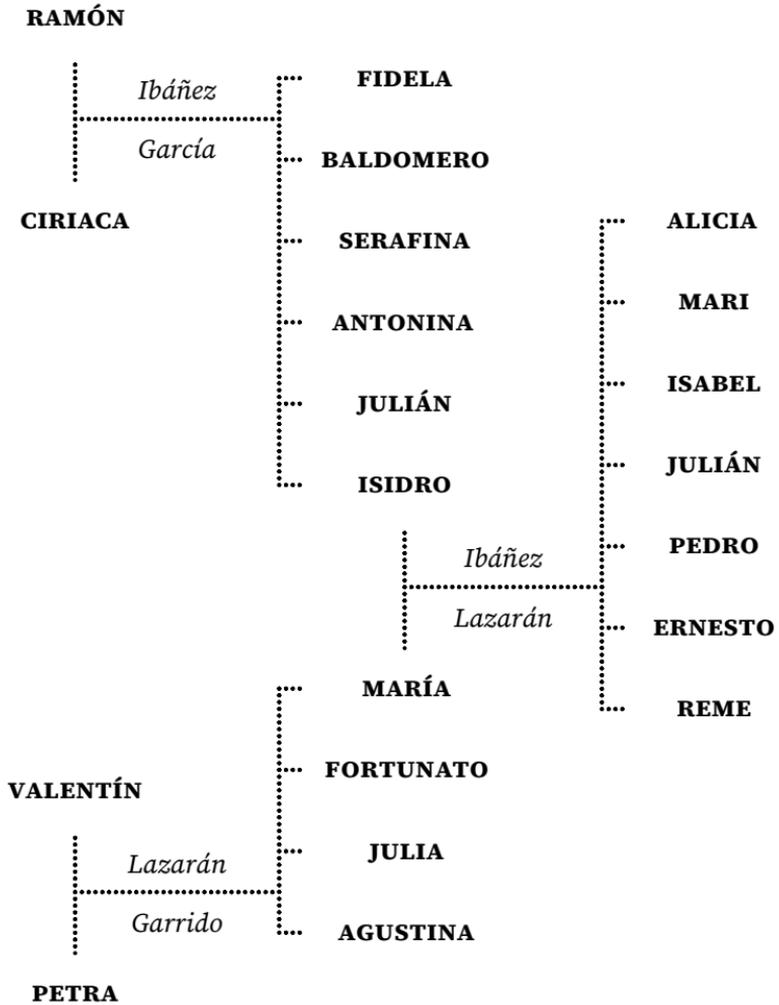
La memoria de la tierra

PALABRAS PROLOGALES	13
PARTE 1 RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS	27
I. En La Vega del Codorno, de mozo de mulas	29
II. Tres años antes	33
III. Isidro es detenido. Madre e hijos regresan a Griegos	39
IV. Un panorama desolador	41
V. Trato de esclavos	45
VI. Las tres hermanas	49
VII. A Zaragoza	52
VIII. De cárcel en cárcel	57
IX. Juntos por fin en Zaragoza	62
X. Y una coda: en Borja	67
PARTE 2 LA TIERRA NUNCA OLVIDA	79
I. La vida en Griegos (1916-1936)	81
II. Días de escuela y juegos	87
III. La casa y la panadería	93
IV. Los trabajos y los días	96
V. La temporada del frío	101
VI. Años después	108
NOTA BIBLIOGRÁFICA Y DOCUMENTAL	119

ÁRBOL FAMILIAR

.....

Los Ibáñez Lazarán desde sus abuelos



Agradecemos la colaboración de todas aquellas personas amigas que, amablemente, se tomaron la molestia de leer nuestro primer borrador y nos aportaron sugerencias e ideas desde el útil punto de vista de un lector ajeno a la familia. Tales personas nos han ayudado a mejorar sustancialmente la exposición del relato para que se pueda seguir, y por ende comprender, más fácilmente.

PALABRAS PROLOGALES

I

Griegos, pueblo a 1604 metros de altura sobre el nivel del mar, sito al pie de la Muela de San Juan, rodeado de los Montes Universales, donde viven las Caranjainas, el Dragón Goloso, y lugar donde vivía nuestra familia, con espíritu austero y emprendedor. Si algo caracterizaba a nuestros abuelos era la honradez, el esfuerzo, la humildad, el trabajo y la fidelidad a la palabra.

De los recuerdos que tengo de periodos de vacaciones en Griegos durante mi infancia son, por ejemplo, las calles. El suelo de las calles era de tierra y en casi todas ellas había barranqueras, así que como íbamos bastante en bicicleta llevábamos las rodillas, siempre, con moratones y heridas.

Es un lugar donde nuestros padres, siendo niños, vivían el paraíso de su infancia rodeados de hermosa naturaleza. Corrían libres por los prados y los montes, buscando nidos de pájaros en primavera, jugando con el agua de las fuentes, comían el sabroso pan amasado por nuestra abuela y, a pesar de todas las tareas que tenían que realizar para ayudar en la casa, se adivina a unos niños felices.

Esta felicidad fue truncada por la Guerra Civil española y una miscelánea de acontecimientos, pero no fue excusa para pasar por todo lo que pasó nuestra familia,

separaciones, soledad, cárceles, humillaciones, ruina económica, expropiación... Y a pesar de todo ello, siguieron juntos e invencibles, pero teniendo que abandonar el lugar donde habían nacido padres e hijos y teniendo que ir a buscar otra forma de vida, en otro lugar, para poder comenzar de nuevo.

Y el resto de la historia ya la conocéis, solo una breve introducción para que sepáis que, si todo hubiese transcurrido normalmente, Griegos habría sido un sitio idílico para vivir; de hecho, al final es *mi lugar*, mis orígenes y mis raíces, donde todo comenzó y donde ahora vivo yo con esa triste melancolía de lo que podía haber sido y no fue.

CARMEN, HIJA DE PEDRO

II

Esta es la historia de nuestros abuelos, Isidro y María, y de sus hijos, Alicia, Mari, Isabel, Julián, Pedro, Ernesto y Reme, narrada por los nietos: nosotros. Hemos compuesto y enhebrado este relato entre todos los primos, y por eso lo contamos desde una primera persona del plural, desde ese *nosotros* inequívoco. Para tal menester nos hemos basado en dos fuentes principales. Por un lado, los recuerdos que tenemos de nuestros padres: es decir, los que hemos conservado de ellos, un poco al azar de esa conversación sin fin que es la vida en común; pero también los que ellos, a su vez y con plena conciencia, quisieron legarnos voluntariamente, para que perviviesen

como herencia en la memoria. Por otro, los textos que dejaron escritos Julián y Mari contando, de propia mano y con voz propia, sus experiencias vitales. En las páginas que siguen, a estos dos documentos —muy breves, por otra parte— nos referiremos como *las memorias* de Mari o de Julián. A menudo los citamos literalmente y por extenso, indicando siempre a cuál de las dos memorias pertenece.

Una aclaración cabe añadir a este propósito. Mari llevaba por nombre completo el de María Cruz, pero ella soportaba mal, muy mal, el segundo componente, que se le antojaba ingrato. De hecho, se enfadaba si lo usábamos —casi siempre en broma— para referirnos a ella. Así que, respetando su voluntad, la mencionaremos por el hipocóristico con el que siempre se identificó. Y otro tanto haremos en el caso de Reme, a quien su nombre de pila, María Remedios, le resultaba sumamente desabrido.

María Lazarán e Isidro Ibáñez comenzaron su vida matrimonial en Griegos (Teruel), allá por el año 1914; en esa misma localidad tendrían a sus siete hijos. No eran aquellos unos tiempos propicios para las nuevas familias. A las convulsiones políticas en el país y la guerra por toda Europa se sumó, en 1918, la mal llamada *gripe española*, que en mortífera pandemia colmaría de devastación ese año y los siguientes. Todo ello conformaba, desde luego, una coyuntura muy poco halagüeña. María e Isidro hubieron de bregar intensamente para poder llevar una vida básicamente aceptable y criar a sus hijos. La economía española iba a sufrir, por añadidura, un serio revés. A pesar de que España fuera neutral en la I Guerra Mundial

—la Gran Guerra, como por entonces se conocía—, las consecuencias de esta conflagración afectaron a la economía del país de forma muy notable. Sobre todo en las ciudades. Pero la crisis también se sintió en las localidades más pequeñas. Y durante la gripe española, el desabastecimiento de alimentos básicos —leche, carne, huevos— golpeó muy duro en algunas comarcas de Teruel.

En ese contexto histórico había nacido la primera hija, Alicia, en 1916, y poco después, en 1918 y 1920, llegarían la segunda (Mari) y la tercera (Isabel). Justo en el tiempo de la pandemia. Durante esos años de miedo y escaseces murieron en la provincia de Teruel más de 2500 personas, y las cifras oficiales se quedan probablemente cortas, pues los diagnósticos no siempre resultaban fiables. Algunos pueblos acumularon buen número de víctimas, pero Griegos, tal vez por su corta población y relativo aislamiento, no se vio tan afectado como otros lugares, según parece. Como quiera que sea, Isidro y María consiguieron sobrellevar aquellos tiempos recios de la forma acostumbrada en el mundo rural de entonces: produciendo sus propios alimentos y fabricando, solos o con alguna ayuda, gran parte de sus enseres domésticos y personales. Jabón, mantequilla y queso, alpargatas, zuecos, utensilios de cocina y un etcétera variado de manufacturas se hacían en casa.

En 1923, año del golpe de estado del teniente general Primo de Rivera, les nació su primer varón, Julián, emprendieron la construcción de un horno de pan y se embarcaron en la compra de otra casa, contigua a la suya.

A finales de la década (1929) llegó Pedro, y durante los años republicanos nacerían Ernesto (1931) y Reme (1934). Ya estaban todos. Y el futuro parecía prometedor.

Pero pronto sobrevendría la etapa más áspera de su trayecto vital. De ideario socialista, Isidro y su hermano Baldomero estaban sindicados en UGT desde los años finales de la década de 1920; después colaborarían con el PSOE —un partido muy distinto al de hoy— y el Frente Popular, ya durante los años de la República. Tras la sublevación militar de 1936, ellos y sus familias padecieron una serie de reveses que, al acabar la Guerra Civil, se convirtieron en un auténtico rosario de calamidades. Todas estas vicisitudes dieron al traste con su incipiente prosperidad.

Pero el curso de ese tiempo oscuro cedió finalmente al esfuerzo y entereza de los protagonistas de estas páginas. Nuestros abuelos, nuestros padres, nunca perdieron la esperanza de habitar un mundo mejor. Su historia es, en ese orden, hermosa, plena de vitalidad y energía. Si algo nos enseña es que, cuando todo se desmorona, resulta posible arrancar de nuevo y torcerle el brazo a la adversidad. Gracias al tesón y el cariño de esas dos generaciones, nosotros hemos podido disfrutar de una vida mucho más comfortable y apacible que la suya. Por el amor que les tuvimos, que les tenemos, hemos buscado preservar su memoria a través de estas páginas, con el fin de que sus vivencias y enseñanzas sirvan de referencia histórica y humana a quien quiera leerlas con detenimiento.

Por último, aunque no en un modo menor, hemos querido prestar atención también a la memoria de la *cultura*

local en la que aún vivieron inmersos nuestros abuelos y, en menor medida, nuestros padres. Pues, como señala con mucha perspicacia Wendell Berry:

«Por un lado, esa cultura contiene y transmite a las generaciones venideras la historia de la utilización de la tierra, de cómo se puede usar y cómo se puede vivir de ella. Por otro lado, el tejido de los recuerdos implica un cariño y un respeto hacia ella, lo que supone en última instancia que la cultura local presenta los conocimientos necesarios para que la tierra sea bien utilizada, con afecto, y el mandato implícito de que sólo sea utilizada bien y con afecto. El verdadero “manual de instrucciones para la nave espacial terrestre”, el único que existe, no es un libro que pueda escribir un ser humano, sino los cientos de miles de culturas locales que habitan el planeta».



.....
Abuela María.

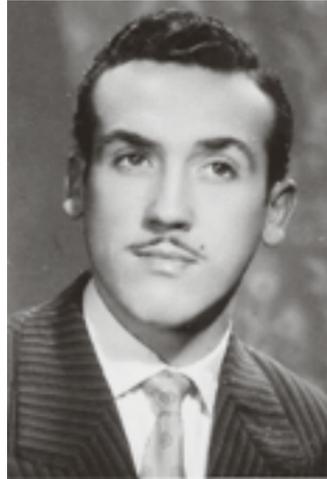


.....
Abuelo Isidro.



.....

Alicia.



.....

Pedro.



.....
Mari.



.....
Julián.

PARTE 1

.....

**RECUÉRDALO TÚ
Y RECUÉRDALO A OTROS**

I. EN LA VEGA DEL CODORNO, DE MOZO DE MULAS

Nuestros abuelos y sus hijas e hijos —nuestras madres, nuestros padres— cuidaban la tierra y los montes en estrecha interdependencia con ellos. Por eso cuando necesitaban cortar un árbol sabían cuál era el más apropiado, tanto para sí mismos como para el bosque. Aquel nefasto día, Julián echó mano de ese conocimiento y...

Ya había empezado a nevar cuando Julián, después de un buen rato buscando, encontró un pino lo bastante seco para hacer leña. Había subido monte arriba por la Muela de San Juan, con las caballerías. Pues, a pesar de que el día fuese tan frío y amenazase nieve, lo habían mandado a la tarea. Sentía la rabia y el frío atenazándolo a partes iguales: en aquella casa, ni que lloviera, ni que nevara o cayeran chuzos de punta, le endosaban a uno los trabajos más duros. Con los *rojillos* no había humanidad. Se puso a hacer leña con el hacha y ya nevaba copiosamente. Cuando había cortado casi la mitad de lo previsto y empezaba a colocar la leña sobre las mulas, levantó la vista al cielo. La nieve seguía cayendo sin parar.

Aún pasó un largo rato de faena intensa. Julián tenía ya cortada y cargada toda la leña, y se disponía a bajar de

regreso al pueblo, cuando cayó en la cuenta de que no se veía ni adivinaba camino alguno, tal era la cantidad de nieve que se estaba acumulando. Por un momento, el miedo, el cansancio y el frío lo paralizaron y no supo qué hacer. Julián no había cumplido aún 17 años pero su madre, pensando en protegerlo de ser detenido por los franquistas, lo mandó a trabajar fuera de Griegos, a La Vega del Codorno, con esa familia. «Es buena gente», decía ella y recuerda ahora Julián, aterido y espantado. Pero... ¡qué equivocada estaba!

Permaneció unos minutos absorto, confundido, pero finalmente le acudió a la memoria algo que siempre decía su padre: «Cuando se tapan los caminos por la nieve o por la tormenta o cualquier otra circunstancia, lo mejor es dejar que la mula más vieja vaya delante y seguirla». Y eso hizo. A la mula en cuestión la llamaban Cordera. Julián se le arrimó y le dio una palmada en la grupa. A la voz de «¡arre, mula!», ella sola emprendió la marcha. El muchacho suspiró de alivio y confió en que Cordera supiera lo que hacía. Aquel día, Julián apreció real y gratamente la inteligencia de los animales: de no haber sido por la mula, no le hubiera resultado fácil orientarse tan pronto y tan bien. Así él podría limitarse a seguirla, junto con las otras dos caballerías, mientras controlaba que la carga no se desbaratase.

El frío y el cansancio iban haciendo mella en los animales, cargados como iban, y en Julián mismo, pues estaba resultando un día duro, muy duro. Empezaron a bajar a buen ritmo, pero había tanta nieve acumulada por todas

partes que las mulas se caían de vez en cuando, y entonces Julián tenía que apearles la carga, levantarlas y volverlas a cargar cada vez, por lo que la marcha se tornaba más lenta y más pesada. Y seguía nevando y nevando y la noche estaba ya cerca. El chico iba agotado, helado, casi no había comido ni bebido nada caliente en toda la jornada.

Cuando, al fin, cayó la noche, el pueblo ni siquiera se adivinaba todavía. La montaña parecía interminable. Julián ya ni podía mover bien los dedos. Caminaba con la nieve a la rodilla, empapado, pensando que tal vez ni él ni las caballerías lograsen llegar hasta el pueblo, pues las fuerzas se les estaban agotando. Flaqueaban de modo alarmante. De pronto, la mula Cordera, que iba en cabeza de la reata, se derrumbó. Julián perdió las esperanzas, pensó que era el final; pero la mula se levantó sola y él acudió —animado y presuroso— a ayudarla con las pocas energías que aún le quedaban. El muchacho lloraba de alegría y, besando a Cordera, le iba repitiendo: «Eres la más fuerte de todos, la más fuerte».

Siempre recordará Julián aquel momento: de repente, distinguió una luz a lo lejos, como si de una estrella se tratara, y luego otra y otra más, y se emocionó hasta las lágrimas, pues iba tan helado, tan perdido, tan exhausto, que ya no sabía lo que se hacía. Por fin, tras tantas horas de desaliento, llegaban al pueblo y a la casa. Pero cuáles no serían su sorpresa y su rabia al comprobar cómo, en lugar de alegrarse de verlo a salvo, los *dueños* todavía lo abroncaron, preguntándole qué había hecho para llegar tan tarde. Julián apretó los dientes y se mordió la

lengua, porque, como era un «rojillo» —así lo llamaban—, se tenía que callar. Los *rojos* no tenían derecho a nada.

Aquel día Julián tomó la firme determinación de marcharse adonde fuera, antes que seguir aguantando a aquella gente. Pero debía hacerlo con mucha cautela y de manera bien justificada, ya que su padre estaba en la cárcel y su hermano Pedro, de tan solo 10 años, trabajando de pastor en otra casa del pueblo. Y estos amos que tenía eran falangistas de pura cepa, sobre todo el hijo mayor, jefe de la Falange local y quien más a menudo lo tildaba de «rojo». De puro repetido, este hecho acrecentaba la antipatía de Julián por el amo joven, aunque el mote en sí no le molestase, pues lo sentía como algo cierto.

Pero Julián, mientras tanto, tenía que seguir faenando por el mísero jornal con que le remuneraban sus servicios. Consistía en la comida y 3 pesetas diarias, que siempre le pagaban con un mes de retraso: de ese modo, decían, no se marcharía, porque en caso de hacerlo perdería el salario del último mes trabajado... Por otra parte, a Julián se le hacía difícil de soportar el tener que comer después de los amos —y, por consiguiente, la comida que estos se dejaban—, el tener que dormir en la cuadra, con las bestias, así como el trato despectivo que en la casa continuamente le dispensaban. Era la inmediata posguerra: muchas personas se aprovechaban de las circunstancias y explotaban a los *rojos* todo lo que se les antojaba. Corrían muy malos tiempos para la equidad.

A sus hijos y sobrinos siempre nos contaba que fue ese día, el 23 de enero de 1940, cuando tomó la decisión

firme de abandonar la casa tan pronto como llegara la primavera y pudiese andar por los caminos sin miedo a perderse o congelarse en la nieve. Noche tras noche, al filo del sueño, Julián anhelaba una vida mejor, más digna y humana, y por eso un buen día se armó de valor y se fue.

II. TRES AÑOS ANTES

Nuestros padres eran niños cuando llegó la electricidad a Griegos y niños o casi niños todavía cuando empezó la guerra. Fueron felices durante sus pocos años de estancia en Griegos, y, de repente, tuvieron que aprender a sobrevivir, afrontando situaciones inhumanas, tristes y peligrosas. La forma en que lo hicieron y lo sintieron se desprende tanto de los recuerdos que nos legaron por vía oral como de las memorias que dejaron escritas dos de ellos, Julián y Mari, cuyas citas se irán desgranando a lo largo de estas páginas.

Griegos había votado a la República en las elecciones municipales de abril de 1931. El triunfo de este nuevo régimen se celebró con gran alegría. En torno a él se habían generado muchas expectativas de cambio y sustanciales esperanzas de mejora. De hecho, enseguida se empezaron a trazar planes y mucha gente se vinculó con sindicatos y asociaciones como medio para llevar a cabo los objetivos que iban esbozándose con creciente nitidez. También en Griegos.

MARI.— Las elecciones se vivieron con gran ilusión y participación. Mi padre salió elegido concejal. Había mítines con buenos oradores, todos los días había alguna novedad, orquesta y bailes, todos contentos y alegres, ignorantes de lo corta que sería aquella alegría. El tío Federico (hijo de Juan, asesinado) participaba activamente, pues un primo de ellos se presentaba por la provincia de Guadalajara. El maestro Alarico [*López Teruel, ejerciente en Griegos por entonces*] quería hacer de las escuelas cuatro grados de enseñanza, pues había cuatro maestros, dos maestras para las niñas y dos maestros para los niños. Decía que si iban juntos niños y niñas se podrían lograr los cuatro grados de enseñanza, de la otra forma se limitaban a dos, párvulos y mayores.

JULIÁN.— Las discusiones en el pueblo solían girar en torno a la política, pues, aunque pequeño, en el pueblo había varios partidos, como el Partido Socialista, el Republicano, Acción Ciudadana, Partido Comunista y no recuerdo si alguno más.

En las elecciones generales de noviembre de 1933 volvió a ganar la opción republicana, y en febrero de 1936 muchos vecinos apoyaron las candidaturas del Frente Popular. Ignoramos qué sucedió exactamente en Griegos por lo que toca a las abortadas elecciones municipales de abril, pero es seguro que Isidro ejercía de concejal por el Frente Popular en aquel año de 1936, pues así lo

atestiguan tanto las acusaciones franquistas —según veremos— como la memoria de sus hijos.

Pedro contaba que, como resultado de anteriores elecciones, el abuelo había llegado a la alcaldía y que, en tal cargo, había conseguido los apoyos suficientes para desviar la carretera que atravesaba el pueblo y sustituirla por una variante que evitase molestias a los vecinos. Aunque de pasada, también Julián se refiere a su padre como alcalde:

JULIÁN.— Mi padre era socialista y muy participativo, siempre en puestos de responsabilidad, cuando no era alcalde era concejal, y también en aquellos años era miembro del comité del Partido Socialista. Recuerdo que en mi casa se hacían reuniones con otros miembros del comité, como Vicente González, «el Calores», que aún estaba más implicado que mi padre en política, aunque también era muy alegre y le gustaba la fiesta. Además, su hija Nati era muy amiga de mi hermana Mari.

Yo solía asistir a todos los mítines. Venían diputados de Teruel o de otros lugares, como el primo de mi padre, Federico García, de Checa (Guadalajara), y tío mío aunque siempre le llamábamos primo. Federico fue varios años diputado a Cortes y era el mejor orador de la provincia de Guadalajara, yo así se lo oía decir a mi padre y a otros del Partido Socialista.

MARI.— Pero los de Franco no pudieron digerir el triunfo popular y el 18 de julio de 1936 se produjo el

levantamiento y la guerra civil. Todo se frustró. Nunca he oído hablar de estos días, y es que nos metieron tanto miedo que nadie se atrevía a hablar. Además de los fusilamientos, a las mujeres les cortaron el pelo al cero y les dieron aceite de ricino, y, si se resistían, les propinaban una paliza. Esto lo hicieron en todos los pueblos a las que eran de izquierdas, comunistas o «rojas», como así las llamaban. En fin, un desastre.

Tras el alzamiento de julio, la Guardia Civil, auxiliada por gentes de derechas de las propias localidades, recorrió los pueblos de la Sierra de Albarracín forzando el cambio de los ayuntamientos del Frente Popular por otros de adictos a lo que más adelante se llamaría Movimiento Nacional. En Griegos se negaron a entregar el ayuntamiento, y también en Villar del Cobo. Pocos días después, el 28 de julio, el cadáver del médico del Villar, Teófilo Almazán Gonzalo, aparecía en el puerto de Orihuela, cosido a cuchilladas (o a bayonetazos). Esta vez, a Mari le juega una mala pasada el incierto albur de los recuerdos, pues en sus memorias escribe que el pobre médico fue fusilado.

JULIÁN.— Aquellos días fueron de confusión total y la Guardia Civil, mandada por los sublevados, iba de pueblo en pueblo cambiando los ayuntamientos, disolviendo los sindicatos y cualquier otra asociación que oliera a izquierdas y hubiese sido creada durante la República. De hecho, Griegos había votado a la República en abril de 1931.

MARI.— Al médico de El Villar lo fusilaron en Orihuela. Era amigo de mi padre, y desde ese día mi padre no durmió en casa, sino en casa de la abuela Petra, en el desván, porque por allí podía escapar si lo iban a buscar. Por eso, cuando hubo rumores de que se aproximaban los nacionales, nuestros padres decidieron huir de Griegos.

JULIÁN.— Tuvimos que abandonar todas nuestras propiedades en el invierno de 1936, yo tenía entonces 13 años.

MARI.— Nos fuimos para Cuenca por la noche, a través de los campos, sin pasar por los pueblos, pues no sabíamos con quién podríamos encontrarnos. Los enseres que llevábamos iban en dos caballerías. Os digo esto para que os hagáis una idea de lo que dejamos atrás, pero gracias a ello salvamos la vida.

JULIÁN.— Mi padre hubiera sido fusilado por sus ideas políticas, como lo fueron tantos otros cuando los franquistas invadieron los pueblos. Tuvo la precaución de coger a su familia y huir por los campos. Con siete hijos, la mayor de 20 años, y los pequeños, de 5 y menos de 3 años, montados en los serones de una mula. Pues padre, queriendo como quería a su mujer y a sus hijos, rehusó la invitación que el Gobierno de la República hizo a todos los españoles que quisieran abandonar el territorio español con destino a Francia o a otros países, como México.

Isidro y María, nuestros abuelos, lo arrumbaron todo para salvar la vida. Dejaron sus dos casas, con la panadería, los animales, los campos... Todo. Se vieron de repente en la miseria, teniendo que volver a empezar y con siete hijos, tres de ellos muy pequeños aún, a los que cuidar y alimentar. Con los modestos trabajos eventuales que Isidro iba encontrando más las reservas de dinero que llevaban encima les llegaba justo para comer. Hasta que, afortunadamente, Isidro consiguió una plaza de peón caminero con vivienda incluida. Era esta una pequeña caseta de las que entonces había en las carreteras para albergar a los operarios encargados de su mantenimiento, y estaba enclavada en el término municipal de Carboneras de Guadazaón (Cuenca); allí permanecieron refugiados hasta que terminó la guerra. Reme, la hermana más pequeña, contaba que por la caseta iban y venían soldados —republicanos, cabe inferir— y que en ella había también un depósito militar de combustible, con el riesgo añadido que esto comportaba para sus moradores. Recordaba asimismo que cuando pasaban los aviones volando bajo, quizás como preludeo de un bombardeo, a los más chiquitos —Ernesto y ella misma— les ordenaban que se echaran al suelo con un palo entre los dientes para evitar que el estruendo les reventara los tímpanos. A ellos les parecía un juego. Un juego emocionante y divertido.

Poder refugiarse allí fue una suerte inesperada. Durante toda su vida, nuestros abuelos y sus hijos, nuestros padres, recordaron con enorme gratitud la buenísima

acogida que les dispensaron y lo bien que los trataron en Carboneras. Conseguir un trabajo así y con la vivienda resuelta fue para ellos una magnífica oportunidad en tiempo aciago. Casi una salvación.

III. ISIDRO ES DETENIDO.

MADRE E HIJOS REGRESAN A GRIEGOS

Cuando por fin obtuvo noticias de Isidro, María Lazarán reunió a sus siete hijos y se dispuso a volver a Griegos de inmediato. Isidro, su marido, había sido detenido y estaba en la cárcel.

Durante más de dos años habían permanecido desplazados en Carboneras de Guadazaón, donde el abuelo Isidro trabajaba de peón caminero, y cuya caseta les servía a la vez de vivienda y de refugio; hasta que el 8 de abril de 1939, recién terminada la guerra, oyeron y leyeron que quien no hubiera cometido delitos de sangre podía volver a su localidad, pues «no sería molestado siempre que su conducta como ciudadano fuese correcta». Isidro decidió regresar al pueblo enseguida, pero acordaron que marcharía él solo por precaución, mientras la abuela María se quedaba en Carboneras con los hijos hasta saber qué pasaba realmente.

JULIÁN.— Mi padre prefirió ir solo y comprobar que lo prometido por Franco era verdad. Así, convenció a mi madre para que aguardara allí el resultado de sus

pesquisas y cuidara de sus hijos, pues él no tenía delito alguno de sangre, y, según eso, no tenía que temer nada.

Pasaron los días y seguíamos sin noticias, hasta que, por fin, nos enteramos de que había sido detenido y encarcelado, cosa que a todos nos extrañó y dolió mucho, porque mi padre no había hecho nada malo, sino que era fiel a sus ideas socialistas, y el único delito que ellos le atribuían era que, cuando la sublevación franquista del 18 de julio de 1936, mi padre era secretario del comité del Partido Socialista y concejal teniente de alcalde, y fue uno de los que se negaron a entregar el Ayuntamiento a la Guardia Civil.

En cuanto tuvieron conocimiento de tales hechos, se pusieron en marcha con sus pocas pertenencias más las dos mulas y emprendieron la vuelta a casa a través de campos y montes. Tardaron casi dos días, pues los niños más pequeños, Ernesto y Reme, de tan sólo 7 y 5 años, requerían parar de vez en cuando. Alerta y preocupada como iba, María pensaba con horror en las penalidades que les esperaban y en la manera como podría proteger a sus hijos. Era una mujer fuerte y había trabajado duro para levantar una familia tan querida pero tan grande. En aquellos años, las mujeres casaban jóvenes y tenían muchos hijos. Ella apenas contaba diecisiete cuando se casó y, además de dar a luz cuatro hijas y tres hijos, había sufrido también dos abortos.

Llegaron por fin a Griegos. Pero cuál no sería su amarga sorpresa cuando se toparon con la realidad cruda: alguien

se había instalado en su casa. María no se resignó a semejante atropello y buscó enseguida a la Guardia Civil; pero los civiles la despacharon, diciéndole además que esa vivienda había dejado de ser la suya. Llena de coraje y desolación, recabó ayuda en casa de su hermano, que, afortunadamente, estaba en el pueblo. La familia los acogió de buena gana. Gracias a ellos, María y los chicos pasaron esos terribles primeros momentos de su nefasto retorno a Griegos.

IV. UN PANORAMA DESOLADOR

Cuando regresa a Griegos, María encuentra que su casa está ocupada por quien parece ser un excombatiente mutilado. La situación no es irreversible, pues depende aún de la resolución del Tribunal de Responsabilidades Políticas. Pero deja a la familia en el trance angustiioso de no tener un techo bajo el que cobijarse.

JULIÁN.— Además de meter a mi padre en la cárcel, nos quitaron todos los bienes, casas, panadería, animales y campos. Gracias a la ayuda de mis tíos y lo bien que se portaron con nosotros, no pasamos hambre y desamparo, pues veíamos cómo otros vecinos del pueblo, mandados por el alcalde, ocupaban y se quedaban con nuestros bienes.

Se alojaron todos en casa del hermano de la abuela María y gracias a eso pudieron ir tirando durante aquellos

días primeros tras el regreso, mientras María intentaba recuperar su patrimonio, o, cuando menos, la vivienda. Varias veces trató de hablar con los ocupantes de su casa, pero fue en vano. Al fin, una mañana se decidió a interponer denuncia, pues no podía resignarse a perder todo aquello por lo que tan denodadamente habían trabajado. Según contaba Reme —que había oído esta historia en casa—, uno de los guardias civiles ante los que se personó María se la llevó aparte y le dijo que cesase en el empeño de recuperar la vivienda, porque si persistía iban a acabar por darle órdenes de detenerla... Reme sostenía que la familia siempre le guardó reconocimiento a aquel civil por su consejo; pues así lo entendieron, como un consejo bien intencionado, no como una amenaza. «En todas partes hay gente buena», apostillaba la más pequeña de los hermanos.

No terminaron ahí las cuitas familiares, ni mucho menos. Poco tiempo después los guardias civiles fueron a buscar a las hermanas mayores —Alicia, Mari e Isabel— y se las llevaron, sin más explicaciones que la orden de arresto. Su destino final era la cárcel. Pero antes les cortaron el pelo al cero, las obligaron a beber aceite de ricino, las pasearon por el pueblo mofándose de ellas, llamándolas «rojas» y humillándolas con insultos, empujones y toda clase de injurias. Las hermanas apenas se referían a este episodio, y nunca quisieron entrar en detalles, de tan traumático como les resultó. Y quizás por eso mismo las memorias de Julián son sumamente escuetas a este propósito:

JULIÁN.— Lo peor fue que a mis hermanas mayores Alicia, Mari e Isabel, les cortaron el pelo, las pasearon por el pueblo y las metieron a la cárcel, aunque no recuerdo dónde y cuánto tiempo estuvieron presas.

«Los otros» del pueblo, como solían decir ellas, los de derechas —ayudados por algún envidioso oportunista, que también los hubo—, quienes habían delatado a los Ibáñez por «rojos» y, al tiempo, les habían quitado casas y hacienda, se portaron tan mal con ellas, tan traicioneramente además, que años más tarde, mientras rehacían sus vidas en Zaragoza, las hermanas no querían ni oír hablar de Griegos ni, mucho menos aún, volver algún día. La mayor, Alicia, de 23 años por entonces, fue remitida a la cárcel de Molina de Aragón, en Guadalajara. Las otras dos, Mari e Isabel, de 21 y 18 años respectivamente, quedaron en libertad atenuada mientras aguardaban el dictamen final.

Podemos imaginar los días amargos que hubieron de pasar Isabel y Mari, confinadas, sin poder salir a la calle, en una espera tensa, desquiciante; debieron vivirla aterradas, pues sabían el trato que se solía dar a las mujeres «rojas», fuera por sus propias ideas, fuera por ser hijas o amigas de republicanos. Además, los vencedores se ensañaban con cualquiera no franquista que se atreviera a salir del pueblo sin su permiso. Ya habían matado a varios familiares y amigos, como el médico del Villar y su tío Juan, secretario del ayuntamiento de Checa. Y su padre estaba en la cárcel, condenado a pena de muerte. Por añadidura, no tenían noticias de Alicia, su hermana

mayor, y eso las angustiaba sobremanera. No sabemos cuántos días pasaron en esta situación, pero hubieron de resultar desesperantes. Al cabo, también a ellas las encerraron. En la prisión de Teruel.

La abuela María estaba destrozada. Veía cómo su familia iba desmoronándose y se sentía impotente para poner fin a semejante desastre. Su marido estaba en la cárcel, y ahora sus hijas mayores también. Pero tenía que ser valiente y pensar en los cuatro pequeños, Julián de 16 años, Pedro sin cumplir 11 todavía, Ernesto de 9 y Reme de 5. María teme sobre todo por los dos primeros, y, pensando y hablando con su familia, por fin toma una decisión. Será mejor que Julián y Pedro desaparezcan de Griegos para evitar nuevas tropelías de los nacionales, que no reparan en edades.

Tienen algunos conocidos en La Vega del Codorno, en la serranía conquense, y María se pone en contacto con ellos. Su hermano le ayuda en todo este asunto. Llegan a un acuerdo: Julián trabajará de mozo de mulas en una casa que le recomiendan, y Pedro de pastor en otra casa distinta. A esas familias, la abuela María les entrega incluso algún dinero para que se ocupen de los chicos. Duda, siente que se desgarran por dentro, pero prefiere que sus hijos estén a salvo, al menos hasta que ella recupere la vivienda o la situación esté más clara.

JULIÁN.— Viéndose tan impotente, mi madre decidió buscarnos sendos trabajos a mi hermano y a mí, de 9 [10, *en realidad*] y 16 años respectivamente. Pensando

que estaríamos más seguros fuera del pueblo, nos envió a La Vega del Codorno, Cuenca, a mi hermano de pastor y a mí de mozo de mulas. No podía imaginar la pobre lo que nos esperaba en casa de esas «buenas gentes», como ella creía.

V. TRATO DE ESCLAVOS

Aquello no podía continuar. Así que Julián se las arregló para volver a Griegos, y la familia, aunque maltrecha, acudió al rescate de Pedro.

La vida de Julián y Pedro en La Vega del Codorno era de semiesclavitud y continuos malos tratos. Cuando, pasado el tiempo, la mayor de todos los hermanos, Alicia, y el tío Vicente —marido de Julia, hermana de la abuela— fueron a buscar a Pedro, se quedaron horrorizados de tan sucio, triste y flaco como estaba. Llamaba la atención el pelo largo, mugriento y engreñado, pues ni tan siquiera se lo habían lavado ni cortado una sola vez. El niño dormía en la cuadra con las bestias; comía lo que podía y lo que, de mala gana, le daban. Pensó en escapar varias veces, y miraba las montañas constantemente, intentando recordar el camino de vuelta a casa. Este tormento lo acompañaba día y noche. Fue, en cierto modo, su única compañía, pues los amos ni le hablaban, más allá de darle órdenes e insultarlo. La hija que tenían ni siquiera lo llamaba por su nombre —que casi tenía ya

olvidado, de no oírlo—, sino que le decía «arrendajo». Mirando de zaherirlo, le gritaba: «¡Arrendajo, arrendajo, come mierda en un torrajo!».

Su temprana edad —aún no tenía cumplidos los 11 años— más el sentimiento de indefensión y vulnerabilidad refrenaron su instinto de huida. De hecho, quedarse fue una buena decisión, pues sin comida, sin abrigo, sin estar seguro del camino por recorrer y con el terror que sentía al pensar en un ataque de animales salvajes, las posibilidades que Pedro tenía de lograr su objetivo resultaban muy escasas. En cambio, su hermano mayor, Julián, se decidió un día, como ya hemos adelantado. Y a pesar del nerviosismo y de la incertidumbre, se armó de valor y, por fin, se marchó:

JULIÁN.— Un día, cansado de la esclavitud a la que me sometían, cogí mis escasos enseres y me fui. Ropa tenía solo la que llevaba puesta, unas alpargatas de suela de cáñamo para los días de fiesta y, como suplementos, una bufanda y un garrote o bastón. Allí le llamábamos garrote. Así que cogí mi bufanda y mi garrote y me puse en camino a Griegos, con mi madre y mis hermanas y hermanos. Con los nervios que llevaba se me olvidó hasta la cartilla de racionamiento.

Pero cuando llegó a Griegos, la abuela María lo convenció de que era mejor desandar el camino, tragarse las penas y el orgullo e intentar recuperar tanto el dinero que los amos le debían como —sobre todo— la cartilla de racionamiento.

JULIÁN.— Me acompañó mi tío Vicente, porque, si no, me hubieran echado a cajas destempladas. Ni siquiera me querían devolver la cartilla de racionamiento, y, sin ella, no podías comprar nada de lo poco que había para comer; todo en represalia por haberme ido de su casa debido al maltrato que recibía diariamente en todos los conceptos.

El tío Vicente era hombre bondadoso, de unos sentimientos humanitarios al ciento por ciento, y, después de hablar con los amos una hora o más, logró que todo quedara apaciguado sin mayores consecuencias.

JULIÁN.— Desde allí fuimos a ver a mi hermano Pedro, que estaba con otra familia, trabajando de pastor. Aún recuerdo la rabia e impotencia que sentí al verle tan sucio, mal vestido y delgado. Estuvimos el corto rato que pudimos con él y nos volvimos a Griegos.

Y tal vez Pedro ni los reconociera, porque posteriormente él no recordaba nada de esta breve visita. Cuando Julián le contó a su madre todo lo que había padecido, y, sobre todo, lo que estaba pasando y sufriendo su hermano Pedro, las condiciones tan inhumanas en que se encontraba, lo triste y desnutrido que se lo veía, ella rompió a llorar. Pues María siempre los había cuidado, los había llevado limpios y bien vestidos, y no podía creer que sus hijos se encontrasen en tan precaria y dolorosa situación. Se culpó por haber confiado en que aquellas familias iban a ser, al menos, correctas.

Sin pérdida de tiempo, Alicia y Vicente fueron a buscar a Pedro, dispuestos a traerlo de vuelta a casa. Habían transcurrido solo unos meses desde su llegada a La Vega, pero para el ánimo magullado de Pedro era como si hubiera pasado mucho más tiempo. De hecho, llegó a creer que esa sería su vida para siempre. Empezó a adaptarse, a dormir cómodo junto a los animales en la cuadra e incluso a probar y compartir su comida. Llegó a pensar que no tenía familia y que los animales suplirían esa falta. Llegó, en fin, casi a olvidar los rostros de sus padres y hermanos, que solo aparecían en algún sueño o recuerdo difuso de su mente aún infantil. De vez en cuando —nos contaba a sus sobrinos muchos años después— se le venía a la cabeza el olor y la agradable memoria de una muy sustanciosa «tajá» de cerdo. Tanto era el hambre que pasaba.

Si una situación así resulta traumática para un adulto, podemos imaginar sus repercusiones sobre un crío de 10 años. Por eso, tras meses sin atreverse a hablar, Pedro ya no encontraba las palabras para responder a los amos ni a la antipática niña que tanto se burlaba de él. Sus huéspedes lo trataban casi como a un esclavo, sin reconocerle valor ni derecho alguno, ni siquiera el de trabar una mínima conversación, y ellos fueron las únicas personas con las que había mantenido cierto contacto durante todo ese tiempo... Cuando su hermana Alicia y el tío Vicente fueron a buscarlo, aún lo vieron más demacrado y flaco de lo que se esperaban. Al principio creyeron que se trataba de una chica, pues las greñas rubias y rizadas le caían hasta los hombros. Vestía la

misma ropa que llevaba puesta el día que su madre lo dejó, solo que ahora sucia y desgarrada. Pedro los miraba sumido en un mutismo confuso, triste, sin apenas expresión. Alicia intentó abrazarlo y, después de un primer rechazo, Pedro se le echó en brazos, llorando. Todavía no era capaz de articular palabra alguna, pero al fin había reconocido a su hermana.

Tras un buen rato de cariños, preguntas e incipiente charla, Alicia dejó a Pedro al cuidado del tío Vicente y, decidida, se encaminó a hablar con los dueños. Una vez frente a ellos no pudo contenerse: le arreó una señora bofetada a la miserable mujer que había maltratado de semejante manera a su hermano. ¡Encima de que le habían dado dinero con el encargo de cuidar y alimentar bien a Pedro! Después del tortazo y de soltar el cúmulo de improperios que se le vinieron a la boca, Alicia regresó con su tío y su hermano y, todos juntos, emprendieron la marcha. El camino hasta casa lo recorrieron entre lágrimas, juramentos, maldiciones y risas, muchas risas, pues la alegría de verse de nuevo reunidos se imponía a cualquier otro sentimiento.

VI. LAS TRES HERMANAS

El regreso de Julián y Pedro a Griegos estuvo marcado por nuevas y aciagas sorpresas. Alicia es encarcelada de nuevo, junto con sus hermanas. Esta vez en la prisión de Teruel. Pero no sabemos ni cuándo entran ni cuándo salen.

Ahora estaban juntos los cuatro hijos pequeños, viviendo en casa de sus tíos (o quizás de sus abuelos Valentín y Petra). Las hermanas mayores seguían en prisión, aunque las tres ya en Teruel. Cabe recordar que Alicia había estado antes en la cárcel de Molina de Aragón, pero no sabemos por cuánto tiempo. Luego —deducimos— pasó algunos días en Griegos —y sería esa la coyuntura que le permitió ir al rescate de Pedro—, para ingresar finalmente en la prisión de Teruel, donde por entonces probablemente ya se encontrasen sus otras dos hermanas, Mari e Isabel.

Bien poco es lo que hasta el momento hemos podido averiguar respecto a las fechas que enmarcan sus periodos de cárcel. Ellas tan apenas hablaban de todas estas vicisitudes, y si alguna vez lo hacían era de forma vaga, sin aportar datos precisos: siempre fueron muy discretas en lo tocante a esa negra época. Resulta comprensible, pues, que también quisieran encerrar en las gavetas del olvido todo aquel trajín de puertas carcelarias. En alguna oportunidad —muy contadas— nos hablaron de su estancia en prisión y de cómo todos los días les mandaban cantar el *Cara al sol* u otras cosas por el estilo, con el brazo alzado, para finalizar diciendo en voz bien alta: «Franco, Franco, Franco...». Rememoraban cómo, en lugar de eso, había una reclusa que voceaba: «¡Tranco, Tranco, Tranco!»». Las que estaban cerca de ella temían, y con razón, que las celadoras acabasen por oírla y las castigaran a todas. Por lo demás, apenas hacían algún comentario acerca de las porquerías que les daban para comer, o de los malos tratos, pues las castigaban por

cualquier pequeño desliz o incluso sin motivo alguno: golpes, trabajos extenuantes, días sin probar bocado...

Les mantenía el ánimo el recuerdo de sus días felices en Griegos, con su familia, en la escuela o jugando con las amigas en la dehesa. Traían a la memoria cómo aprendieron a hacer pan y cuidar de los animales, algo que consideraban más un entretenimiento que un trabajo; los paseos hasta Fuente Coveta, o hasta Las Celadas, aquel terreno de hondones, para ver el gigantesco caracol incrustado en la piedra; el alborozo y las canciones en torno a La Malena... Los recuerdos nutrían la débil esperanza que les quedaba. Porque para las tres hermanas, Alicia, Mari e Isabel, todo fue quebranto. La guerra les arruinó la juventud y la paz despiadada les oscureció el futuro. Primero habrían de soportar varios años de cárcel (unos tres) y de libertad atenuada. Luego tendrían que empezar de nuevo donde y como pudieran. Su destino se presentaba erizado de dificultades: eran mujeres, «rojas», con antecedentes penales y sin suficiente preparación para desempeñar otros trabajos que no fueran la cocina o los quehaceres domésticos; si acaso, las faenas del campo o con el ganado. Y para estas últimas tareas se prefería a los hombres.

Isabel resultó, a la postre, la más perjudicada, pues era aún muy joven y lo pasó tan mal en su etapa carcelaria, cuando apenas asomaba a la vida adulta, que cargó ese lastre durante años. Nunca volvió a pisar Griegos, y lloraba cada vez que le preguntábamos algo sobre la cárcel. Pasó aterrorizada todo el encierro, y decía que resistió el

pánico gracias a sus hermanas, que hacían cuanto les era posible por verla y darle ánimos, y también a alguna otra presa, que la ayudaba con cariño y buenos consejos.

Alicia, Mari, Isabel. Habían nacido y crecido en un pueblo chico, en el seno de una familia muy querida y protectora, con ideales de mejora para su pequeña comunidad, disfrutando de lo que tenían más a mano, de las montañas, del bosque y la dehesa, de sus juegos, de las clases. No hicieron nada malo, nada reprochable, nada que no fuera trabajar, ir a la escuela y ayudar a su familia. Se las castigó por pensar de forma diferente, por defender unos criterios sociales más equitativos y democráticos. En resumen, por creer que un mundo mejor era posible y tratar de alcanzarlo.

VII. A ZARAGOZA

Así continuaron un tiempo, las hermanas en la cárcel y María con los otros cuatro hijos, viviendo en casa de su familia en Griegos. Pero pronto las cosas cambiarían de nuevo.

El abuelo Isidro había sido trasladado a la cárcel de Zaragoza. Aunque la sentencia está fechada el 10 de agosto de 1939, el traslado no se produjo hasta el año siguiente. Entonces la abuela María se vio en la tesitura de elegir entre continuar dependiendo de la generosidad de su hermano y de sus otros familiares, o bien buscar un lugar y un trabajo en Zaragoza, cerca de Isidro.

JULIÁN.— Pasaron días así, y mi madre tratando de encontrar una solución de mejora para toda la familia. Finalmente, por mediación de mi primo Paco, que estaba en Zaragoza de sargento, encontró un trabajo para servir en una casa. El dilema era qué hacía con los cuatro hijos que estábamos con ella. Al final, decidimos que yo me quedara de momento en Griegos y mi hermano Pedro, de 10 años [*11, en realidad*]; Ernesto, de 8; y Reme, de 5 para cumplir 6 [*de 6 ya cumplidos*], se fueron con ella a Zaragoza.

María alquiló una habitación en la calle Inglaterra, en pleno barrio de las Delicias. Allí vivían, comían y dormían. Trabajaba en una casa, haciendo las faenas del hogar y cocinando. Los dueños de la casa eran buena gente y le pagaban sueldo más comida, que era de la misma que ella les guisaba. Así se fueron arreglando María y las tres criaturas: Pedro, de 11 años, Ernesto, de 9, y Reme, de 6, pues las edades que Julián consigna en sus memorias son erróneas. Mientras tanto, el mayor de los chicos estaba en Griegos, trabajando en lo que le salía:

JULIÁN.— Yo me quedé en Griegos con mis tíos Vicente y Julia, trabajando los jornales que podía y me ofrecían algunas de las personas buenas que todavía quedaban en el pueblo, como por ejemplo mi tío Fortunato, hermano de mi madre, que era constructor de obras y me llevaba de peón de albañil y también me daba de comer muchos días.

Pero yo no hacía más que pensar en irme a Zaragoza con mi madre y para ello necesitaba un dinero que era muy difícil de reunir. Así pasaron varios meses, y, allá para el mes de octubre, estaba yo una tarde con mi primo Gregorio hablando en la plaza, cuando se me acercó un amigo que se llamaba Alfredo y me dijo: «Julián, te iba buscando para decirte que si quieres acompañarme a llevar 500 ovejas desde las parideras de los pozos del pueblo a Linares de Mora (Teruel)», o sea, unos 60 kilómetros más o menos. Acepté de buena gana, pues había una posibilidad de ganar algún buen dinero.

Nos costó dos semanas, porque era el tiempo en que las ovejas paren y los primeros días se pusieron muchas de parto. Era imposible atender a todos los partos, y el burro que llevábamos para cargar la comida y nuestras cosas, al final del día iba cargado de corderos recién nacidos. A medida que pasaban los días, nos dimos cuenta de que no era posible atender a tantos y tantos, con lo que todos los corderos no los podíamos transportar. Calculamos que parieron en el viaje más de 300 ovejas. Los recién nacidos no podían seguir el ritmo del grueso del ganado y se iban quedando por el camino.

Cuando llegamos a Linares de Mora, como es natural, se hizo el recuento del ganado y, aunque faltaron algunas reses, el dueño dio por bueno nuestro trabajo. Creo recordar que la liquidación ascendió a unas 75 pesetas, precio que habíamos acordado cuando nos contrató en Griegos.

Desde allí nos fuimos andando a Teruel. Yo me quedé en Teruel con la idea de ir a Zaragoza en cuanto pudiera, y reunirme con mi madre y mis tres hermanos pequeños. Con mis ahorros me compré unos pantalones de pana que me costaron 7 pesetas y una camisa de parecido precio. Hice noche en Teruel en casa de Gerardo y Balbina. Balbina era prima de mi padre; tenían once hijos, pero en esa casa, a pesar de ser una familia tan numerosa, todo el que allí entraba tenía su sitio. Ambos eran buenísimos y estupendos tanto de carácter como de sentimientos, con un corazón a flor de piel. A uno de los chicos le llamaban «el Pato» y siempre estaba dispuesto a acompañarte y hacerte la vida lo más agradable posible. Había otro más pequeño que le decían «el Predicador», porque a cualquier hora se subía en un taburete y se ponía a predicar. Decía que así lo hacían los curas. En fin, cada uno tenía su encanto y ahora siguen siendo tan encantadores como entonces.

Como digo, yo me fui a Zaragoza con mi madre. Enseguida encontré trabajo de peón de albañil. En la casa donde mi madre estaba sirviendo, el dueño, don Paco, y otro hermano tenían un taller de ebanistería, donde hacían muebles de comedor y de dormitorio. El taller estaba en los bajos de la casa y decidieron levantar un segundo piso, pues la casa sólo tenía uno. Pues viendo la necesidad que pasaba mi madre para cuidar y alimentar a cuatro hijos, pensaron hacer otro piso para que mi madre y sus hijos pudieran vivir allí

más cómodos. Para entonces, ya empleaban a mi hermano Pedro de aprendiz en el taller. Mi hermano, con solo 11 años, le cogió tanto gusto al trabajo de ebanistería que progresaba mucho y muy deprisa.

Los dos pequeños, Ernesto y Reme, iban al colegio, pues la abuela María lo primero que hizo fue buscarles una escuela lo más próxima posible. Compró una sábana blanca y ella misma les hizo las batas que tenían que vestir para ir a clase. Logró acomodarlos en los colegios públicos Cervantes y Andrés Manjón, respectivamente. Lo tenía muy claro: sus hijas e hijos aprenderían a leer, escribir y las cuatro reglas, ¡eso como mínimo! Y lo consiguió.

JULIÁN.— Así íbamos viviendo, mientras otros se estaban aprovechando de los bienes de mis padres. Así comenzamos una vida lejos de nuestro pueblo, de nuestra casa, nuestras tierras y animales. Con mi padre en la cárcel y mis hermanas también. Sin saber si volveríamos a reunirnos con ellas y él, o cuándo y cómo. Nada de nada.

Pero la vida, que siempre da más de sí, dejaba también anécdotas chuscas, como la que Reme contaba. Durante un tiempo, antes de comprar la casita de la calle Montañés, madre e hijos habían vivido de alquiler en una manzana interior situada —creemos— en la calle Bardají. La vivienda era una modesta *parcela* de planta baja que daba a un patio común, en torno al cual abrían otras parcelas similares. Una de ellas la ocupaba cierto

vecino que a temporadas se cuidaba del mono de un circo. Un mono grande, inquietante, señalaba Reme. Un buen día el mono se escapó de la jaula y fue a dar en la parcela de nuestra familia. Pedro, que entraba a casa en ese momento, se topó de súbito con el animal. El muchacho se llevó un susto de muerte y arrancó a correr buscando a María, mientras gritaba, desahogado: «Madre, madre, ¡el mono!, ¡el mono!». A las voces acudió presto el vecino, trabó al animal —refunfuñando— y se lo llevó tranquilamente, mientras los demás se reían a carcajadas de la escena. Pedro siempre fue un chico impetuoso y divertido.

VIII. DE CÁRCEL EN CÁRCEL

Isidro recorrió media España, de cárcel en cárcel —Teruel, Zaragoza, Burgos, Santiago de Compostela—, mientras su familia, sumida en la incertidumbre, trataba de salir adelante en Zaragoza.

Los cambios de prisión, las nuevas decisiones y sentencias que invalidaban las anteriores, las ejecuciones, nada, no comunicaban a la familia nada hasta que llegaba algún chivatazo o, finalmente, la burocracia lo permitía. Las familias, visto el ejemplo de la nuestra, sufrían un castigo adicional: el desconocimiento de lo que sus seres queridos estaban viviendo. A veces, como en el caso de nuestro abuelo Isidro, los presos iban

trasladados a cientos de kilómetros de donde residían sus familias y estas no eran informadas. Al menos, informadas. Ni siquiera ese consuelo...

Además, ver a los parientes presos no era cosa sencilla. Había que solicitar autorización y esperar días y días hasta que se concedía el permiso para la visita, que duraba tan solo unos pocos minutos. Con frecuencia la cárcel no radicaba en el mismo pueblo o ciudad, por lo que la familia había de organizar un viaje, nada fácil si la prisión estaba a muchos kilómetros de distancia. Otras veces, cuando los interesados acudían a la visita se encontraban con que la persona presa ya no estaba allí, como tendremos ocasión de comprobar.

Por eso, aunque madre e hijos trabajaban y salían adelante, resistiendo como podían, su vida continuaba siendo muy deficitaria y penosa: Isidro estaba en la cárcel, condenado a pena de muerte —parece que ya se la habían conmutado por treinta años de prisión, pero su familia no lo sabía—, y, como las autoridades no les comunicaban nada, la angustia de María y los chicos iba de mal en peor. Mientras tanto, las tres hermanas mayores seguían en la cárcel (¿Teruel?) también.

Volvamos a las memorias de Julián, que supo plasmar con gran viveza su experiencia y sus emociones:

JULIÁN.— Nada más llegar yo a Zaragoza, mi madre me llevó con ella a ver a mi padre, en la primera visita que le permitieron. Al llegar a la puerta, me cachearon de arriba abajo y solo nos permitieron entrar de uno en

uno, primero mi madre y después yo. Cuando vi a mi padre, lo saludé diciéndole:

—¿Qué tal está, padre?

Y cuál sería mi sorpresa, que me miró unos instantes y me preguntó:

—¿Tú eres hijo mío? Porque no te reconozco. ¿Cuál de mis hijos eres?

—Soy Julián —le dije, y se echó a llorar y yo también, de reja a reja, con una distancia de unos 2 metros.

Continuamos hablando, me preguntó por todas y todos mis hermanos, si comíamos bien, si bien de salud, si la madre se organizaba bien, etc. Como el tiempo era muy limitado no podías hablar de casi nada, pero él intentaba consolarme y consolarse él mismo, diciéndome que cuando saliera de la cárcel, y con las chicas y los chicos mayores, saldríamos adelante todos juntos. Yo salí muy contento de aquella visita y le prometí a mi padre y a mí mismo que volvería a visitarle en cuanto nos fuera posible, y así se lo conté a mi madre.

En cuanto nos permitieron la siguiente visita, mi madre y yo fuimos con ropa limpia y algo más animados que la vez anterior. Pero nos quedamos de piedra y sin habla cuando nos dijeron que ya no estaba allí. Tanto mi madre como yo pensamos lo peor, porque al preguntar dónde estaba ahora, no nos dieron una respuesta clara, sino que no sabían y que a lo mejor se lo habían llevado «de paseo». Y cuando te decían lo del «paseo» es que los habían llevado a fusilar. Volvimos a casa en un mar de lágrimas, mi madre completamente rota y deshecha.

Tiempo después, dos meses o más, cuando no conseguíamos más información a pesar de nuestra insistencia y casi nos habíamos convencido de que lo habían matado, recibimos una carta en la que nos informaban que lo habían trasladado a la cárcel de Burgos. Aquel día nos llenó a todos de una alegría inmensa, gritábamos en la intimidad: «¡Está vivo, está vivo!». Porque, además, en la carta nos decían que le habían conmutado la pena de muerte por la de treinta años de prisión mayor.

En febrero de 1941, mis hermanas quedaron libres y vinieron a vivir con nosotros a Zaragoza [*realmente no se dicta la libertad definitiva hasta 1943, pero quizás estuvieran en régimen de provisional*]. Se pusieron a trabajar y ya empezamos a marchar mejor.

Y a la par que afrontaban todas estas penalidades, trataban de llevar sus vidas lo mejor posible. Julián trabajando de peón de albañil, construyendo el segundo piso de la casa donde trabajaba su madre; Pedro en el taller de carpintería, de aprendiz; las hermanas, sirviendo o haciendo los trabajos que salían. Pero se avecinaba otro accidentado suceso:

JULIÁN.— Un día de mucho viento, el cierzo del norte tiró una pared que estábamos haciendo, con tan mala suerte que me pilló debajo y me dejó malherido en la cabeza y otras partes del cuerpo. Estuve ingresado en la clínica del Dr. Lozano, en paseo Mola, 22, varios días. Cuando salí, mi madre decidió que cambiara de trabajo,

y entonces fui a trabajar a una fábrica de embutidos en la calle Borja, propiedad de Eduardo Marín. Allí estaba trabajando mi hermana Mari desde que salió de la cárcel; allí trabajé junto a mi hermana hasta que ella encontró un trabajo de aprendiz de costurera.

A partir de ese momento, todo es oscuridad. No sabemos cuánto tiempo estuvo Isidro en la prisión de Burgos ni qué sucedió durante esa etapa. Nuestros padres y abuelos nunca nos lo contaron. A pesar del esfuerzo llevado a cabo por muchas personas en el intento de recobrar la memoria histórica, seguimos ignorando cuándo se produjo el traslado a Santiago de Compostela. Nosotros oímos decir alguna vez que el abuelo Isidro permaneció en la cárcel de Santiago unos siete años. Que allí lo pasó muy mal, debido a la ruin comida que les daban y a lo depresivo que era el lugar. El abuelo estuvo muy enfermo del estómago, con una úlcera grave, y si pudo aguantar hasta salir de la siniestra prisión gallega fue gracias a uno de los médicos asignados a la enfermería. Reme solía recordar —con rictus amargo— que lo único bueno que a su padre le pasó en la cárcel fue topar con aquel médico, que no dudó en operarlo, y, con ello, tal vez le salvó la vida.

En alguna ocasión, Isidro contó cómo casi todos los días, recién levantados los presos, varios guardias pasaban e iban señalando con el dedo a unos u otros para que los siguieran. A continuación los montaban en un remolque o un camión y los llevaban a las afueras de la ciudad o a un descampado. Allí los obligaban a bajar y los colocaban

en hilera. Así formados, daban la orden de disparar a unos cuantos de entre ellos. Los demás volvían al camión, de regreso a la cárcel. Y de esta forma día tras día, semana tras semana, mes tras mes, sintiendo que cada noche podía ser la última. ¿Qué peor tortura cabe imaginar? Una o varias veces —esto no lo sabemos con seguridad— la abuela fue a ver a su marido a la cárcel de Santiago. Ella lloraba cuando le pedíamos que nos contara algo, y nunca pudimos saber más, pues no queríamos verla sufrir de ese modo.

Más tarde, ya en Zaragoza, un buen día el abuelo fue al hospital y se encontró con aquel mismo médico, el cual, a su vez, lo reconoció. Estuvieron hablando de todo lo pasado, como dos viejos amigos. Y es que, a pesar de todo, todo, siempre hay gente buena, humanitaria, vayas donde vayas y estés donde estés. Eso decían nuestros abuelos al terminar sus relatos. Lo sabían bien, ellos eran así.

IX. JUNTOS POR FIN EN ZARAGOZA

En aquella casita de la calle Montañés apenas cabían todos.

En cuanto estuvo en su mano, compraron una parcela muy pequeña —en rigor, se trataba tan solo de media casa— en la calle Montañés, siempre en las populosas Delicias. Habían echado cuentas y calcularon que podían permitírselo, aunque no sin sacrificios. Ciertamente, los miembros de la familia eran muchos, pero todos trabajaban

ya, salvo los dos hermanos pequeños. Aun así, nada les sobraba: Reme contaba cómo Isabel y Mari tenían que turnarse en el uso de un único abrigo compartido por ambas.

La parcela. Los nietos recordamos «la parcela» con enorme cariño, pues fue para nosotros un territorio mítico. Era más bien lóbrega, de dimensiones exiguas, hasta tal punto que resulta difícil entender cómo cabían y se apañaban todos ahí, si bien es cierto que no llegaron a habitarla simultáneamente los padres y los siete hermanos. Desde la calle sin asfaltar se entraba directamente al cuarto de estar, a la vez taller de costura, con su vieja máquina Alfa, y dormitorio de quita y pon, con levadiza cama turca. También hubo allí una nevera, que enfriaba gracias a las barras de hielo que el señor Simón despachaba en su abigarrada tienda de la misma calle Montañés. Entre los contados adornos de esta sala, José Ángel, uno de los nietos más pequeños, aún recuerda el grabado de un desfiladero, o acaso de un puente entre dos altas riberas, con su aire vagamente romántico. La humilde estampa le produjo siempre una fascinación extraña.

Al fondo de este cuarto, frente a la puerta de la calle, arrancaba un pasillo recto y estrecho. Por él se accedía al dormitorio, uno solo en esta planta baja. Era también el principal, tan reducido como todo lo demás. Apenas cabían la cama de matrimonio, una mesilla, un armario. El pasillo desembocaba en la cocina, donde se abría una puerta corredera, acristalada, que daba a un pequeño patio o *luna*. De vez en cuando, los ratones pugnaban por horadarla y entrar en la casa, al amor de los víveres que

albergaba la cocina. En el patio había un aseo diminuto —¿con ducha?— y una escalera de obra que conducía al minúsculo terrado, antesala a cielo abierto de un dormitorio abuhardillado, también de pequeñas dimensiones. Alicia y Carlos, los nietos mayores, recuerdan haber pasado muchos y muy buenos ratos jugando en la luna y en el interior de la casa. Sobre todo en la cocina. En ella había un aparador empotrado donde siempre andaban hurgando, pues la abuela guardaba allí el queso y la leche en polvo con que, en una especie de Plan Marshall sucedáneo, los estadounidenses trataban de halagar el estómago de los niños españoles. El queso, dicen, no les gustaba nada de nada. Y a la leche se arrimaban más por curiosidad —qué raro, la leche no era líquida, ¡era harina gorda!— que porque estuviera buena. María soportaba paciente el trasteo de sus nietos mientras guisaba en la cocinilla económica de carbón o trajinaba en la fregadera. De vez en cuando, la abuela mandaba a Carlos a comprar leche a una vaquería cercana. Había varias en el sector del Terminillo. Le insistía en que la leche tenía que ser «de la de dentro», o sea, la que estaba dentro del establo y aún no había sido aguada para la venta, práctica habitual por entonces. La quería así para elaborar nata, mantequilla, requesón. Pues todas esas cosas sabía hacer la abuela María, como también jabón de lavar, a base de grasas viejas —más, ay, la maligna sosa cáustica que tanto miedo nos daba a los nietos—, o crema hidratante con glicerina y limón. De modo que la cocina y la luna de la calle Montañés se convertían a menudo en el improvisado

obrador de María, quien era además una consumada artista del ganchillo y el punto.

Pero para entonces corría ya la segunda mitad de los años 50, y los nietos, como es natural, nada sabían de aquel lejano 1943, cuyos meses veraniegos vieron cómo Alicia, Mari e Isabel quedaban en libertad definitiva, según documento firmado por el Juez Militar n.º 7 en Zaragoza y dirigido a la Audiencia Provincial de Teruel. Ello sugiere que, hasta entonces, las tres hermanas habían permanecido en una suerte de libertad tan solo provisional. Por su parte, Isidro aún tardaría varios años en reunirse con el resto de la familia. No sabemos cuándo ocurrió exactamente tal cosa, pero resulta casi seguro que a la altura de 1947 o 1948 Isidro estaba ya en Zaragoza. Por entonces, los Ibáñez abrieron un modesto negocio de venta de carbón, que atendía fundamentalmente el padre. A tal efecto alquilaron un pequeño local en la calle Alcañiz, perpendicular a la calle Montañés, donde vivían.

Además, María empezó a trabajar cosiendo en casa. Compró una máquina de coser y cortaba vestidos, camisas y otras prendas para las mujeres del vecindario, como ya hiciera antes en Griegos. Sus hijas colaboraban cuando no había otro trabajo o en los ratos libres. Tenían bastantes pedidos. Así pues, trabajando todos menos los dos pequeños, Ernesto y Reme, que iban a la escuela, cimentaron una vida nueva que, poco a poco, iba haciéndose más llevadera. La carbonería y la costura marchaban bien. Pedro enseguida destacó como un buen carpintero y muy pronto apuntó maneras de fino ebanista, a pesar

de su juventud. Decidido a ampliar sus destrezas, consiguió una beca para estudiar durante cinco años en la Escuela de Artes y Oficios de Vitoria. Así fue como se convirtió en maestro ebanista. Andando el tiempo, abriría su propio taller, Peiba, en la calle Daroca.

Ernesto no se quedó atrás. Pronto descubrió que lo suyo era colorear el mundo. Sentía tal atracción por todo lo referente a la pintura que no tardó en pedir a sus padres que lo matricularan en un curso de perfeccionamiento. Y así, después de salir de la escuela, iba todas las tardes a estudiar y desarrollar sus habilidades pictóricas. Pronto encontró trabajo en el sector de la pintura industrial. Sus hermanas recordaban vívidamente cómo llegaba a la parcela, se quitaba el mono a tirones y se bebía de un par de tragos un buen vaso de leche para contrarrestar el efecto de los productos químicos... Años más tarde, ya casado y en plena vida laboral, se marchó a Suiza, vinculado con un contrato a una empresa de pintura de vehículos, porque quería aprender cómo se hacían las cosas fuera de España. Se quedó allí alrededor de un año, y a su vuelta siguió trabajando en la misma empresa donde ya estaba anteriormente. Su sobrina Alicia aún guarda un estuche de pinturas que Ernesto le trajo cuando regresó a Zaragoza. Empezó a colorear con ellas, pero decidió guardarlas porque «se gastaban» y quería conservar aquel regalo de su tío. Ernesto siguió pintando cuadros durante toda su vida. Y eran verdaderamente preciosos. Todos nosotros tenemos en casa al menos un cuadro suyo.

Mari también acababa ya su aprendizaje de modista y empezaba a acumular encargos. Alicia tuvo varios trabajos en casas, cocinando y haciendo la limpieza, durante los primeros tiempos; pero los sobrinos mayores recordamos sobre todo los años en que regentó un quiosco de venta de helados. En verano íbamos a verla muy a menudo. «Yo de chocolate», «Para mí de nata», se nos oía decir casi cada tarde. La tía Alicia sacó el carácter del abuelo Isidro, siempre riendo y jugando con los pequeños. Las circunstancias la llevarían, andando el tiempo, a recalar en Madrid, donde trabajó en el servicio doméstico, y luego a establecerse, ya casada, en un lugar de la Mancha. También sirvió su hermana Isabel, primero en Vic y después de regreso en Zaragoza.

X. Y UNA CODA: EN BORJA

El tiempo entre costuras trajo una relación imborrable de amistad fraterna.

Las cosas empezaban a marchar razonablemente bien cuando a las hijas mayores se les presentó una ocasión que merece la pena recordar con letra señalada, pues a la poste ejercería un influjo insospechado en sus vidas y en las nuestras. Tras su salida de Griegos, las mayores habían seguido manteniendo relación con Amparo, una vieja amiga de Guadalaviar, el pueblo de al lado. Amparo, que estaba bien enterada de la habilidad de las hermanas

Ibáñez con la aguja, las puso en contacto con una familia de Borja, los Giménez, quienes buscaban operarias de confianza para unas labores de costura.

Y allá se fue Mari por una temporada. Estuvo haciendo varios vestidos y cosiendo otros encargos que la señora María le encomendó. En ese tiempo, Mari se encariñó con ella y con sus hijas, Cecilia, María y Cita; y lo mismo ocurrió en sentido recíproco. De ese modo se fraguó una amistad que todavía perdura, pues es imposible no recordar con cariño y agradecimiento la buena hora en que nuestra familia contactó con la de «la señora María de Borja», apelativo por el que aún hoy nos referimos a la madre. Además de proporcionar trabajo a Mari y depararle múltiples atenciones, los Giménez no permitieron que faltase comida en la parcela de los abuelos, pues cada vez que Mari iba a coser a Borja volvía cargada de provisiones para casa.

Sabedores de las penalidades que la familia había pasado desde la guerra, sus fraternales patronos de Borja intentaban ayudar en todo lo que estuviese en su mano. Al cabo, pensaron en ofrecerle también un trabajo a Julián, ya que necesitaban alguien de confianza y con experiencia suficiente en animales y agricultura. Julián aceptó. Se fue a vivir y trabajar a Borja, como mozo de mulas al principio y, pasado un tiempo, como capataz, pues era muy bueno en todo lo relativo al laboreo del campo. Antonio, el hermano menor de Cecilia, María y Esperanza (es decir, Cita), se acuerda de cuánto querían a Julián: como si fuese otro hermano más. Y tampoco olvida el día de la boda de Julián, porque salió desde su

casa para contraer matrimonio. Su novia, la tía María Jesús, era de Borja.

Muchos años más tarde, durante los veranos, seguíamos yendo a pasar unos días a Borja y al Santuario de Misericordia. Los Giménez eran tan agradables y tan cariñosos con los niños que siempre queríamos repetir las visitas. Para nosotros eran —y son— parte integrante de nuestra familia, pues personas tan buenas como ellas no se encuentran cada día, y menos aún en aquellos años turbios de posguerra. Nunca, nunca olvidaremos lo que hicieron por nuestros padres.



.....

Casilla de peón caminero
(Carboneras de Guadazaón, Cuenca).



.....

Pedro en el Parque Grande.



.....

Pedro y Julián en el Parque Grande.



.....

Ernesto y Pedro.



.....
Alicia en el quiosco de helados.



.....
Pedro e Isabel.



.....

Pedro y Reme en el Pilar.

PARTE 2

.....

LA TIERRA NUNCA OLVIDA

I. LA VIDA EN GRIEGOS (1916-1936)

Pocos fueron los años de tranquilidad que los hijos de Isidro y María pudieron pasar en su localidad natal. Para los tres más pequeños (Pedro, Ernesto y Reme) se trató solamente de una parte muy breve de su infancia. Para los cuatro mayores (Alicia, Mari, Isabel y Julián) supuso un tramo vital más extenso, que comprendió toda su niñez y adolescencia —tan cortas y esforzadas por aquellos tiempos—, más su temprana juventud. Gran parte de todo ello nos ha llegado a través de las memorias de Mari y Julián. Convendrá, pues, que les cedamos la palabra. Mari nos pone en antecedentes y, de paso, anota algo muy característico de la época: la inquietud paterna porque no llegaba el hijo varón.

MARI.— Primero nació mi hermana Alicia [1916], luego yo [1918] y después Isabel [1920]. Luego llegó el primer chico, Julián [1923], que llenó de felicidad a mis padres y también a nosotras, menos a Isabel, que tenía celos de que todas las atenciones fueran para el niño, y ella era muy pequeña para entenderlo. Yo tenía 5 años y estaba loca de contenta, pues siempre oía y veía lo frustrados que se sentían mis padres porque solamente tenían hijas (ya se les había muerto otra niña en un primer aborto).

Desde muy temprano, hacia los 7 años, Alicia ayudaba a su padre en las faenas del campo: igual o mejor que si fuera un chico, decían a menudo sus hermanas. Isidro la traía consigo para ir enseñándole pequeñas cosas relativas tanto al campo como al cuidado de las vacas y las mulas. Si el padre y la hija no estaban muy lejos del pueblo, Mari, con sus 5 añitos a cuestas, les llevaba el almuerzo o la comida.

MARI.— Me gustaba mucho ir con mi hermana y mi padre, este nos enseñaba cómo se llamaban las plantas y los insectos, también los nidos de pájaros, que no tocábamos para que no los aborrecieran; pero veíamos a la pajarita incubar los huevos, vigilábamos cuándo salían del huevo y cómo sus padres les daban el alimento, hasta que algún día íbamos y habían volado.

Y naturalmente, dado que Alicia y Mari eran todavía tan niñas, de vez en cuando se metían en problemas por querer aprender muy aprisa. Como le ocurrió a Mari aquel día que ella misma nos cuenta; el incidente entrañó un peligro cierto, pues trabajar con animales conlleva sus riesgos:

MARI.— Teníamos una vaca, llamada Marinera, que había parido una ternerita preciosa, a la que pusieron de nombre Ascensora. La finca estaba camino de Las Celadas, creo que se llamaba Fuente de San Roque. Yo iba muy contenta para ver la becerrita con Alicia y mi padre.

Almorzamos tranquilamente y mi padre se dispuso a uncir a la mula y a la vaca Marinera, es decir, a ponerles el yugo, porque cuando se les pone el arado, se dice «arrebuey». Había que cruzar el riachuelo. Mi padre pasó con la mula y llamó a la vaca, que en circunstancias normales obedecía siempre a la voz de mi padre; pero al estar recién parida la ternera, se puso terca y no quería pasar para no apartarse de ella.

Yo le grité: «¡Vaca, vaca!». Yo la instigaba con el cesto del almuerzo. Ello, y por el hecho de que me encontraba junto a la ternera, debió de ser suficiente para la vaca, que, profiriendo un colérico mugido, acometió contra mí. Me cogió entre los cuernos, pegándome con la testuz y lanzándome por los aires.

Tuve suerte y fui a caer al otro lado de la cerca de un cerrado de hierba. Mi hermana Alicia saltó la cerca y con un palo le pegaba a la vaca que, olfateando por encima del murete, me buscaba. Yo estaba quieta, sin respirar, pues había oído decir que los toreros se hacen el muerto cuando son cogidos por el toro. Mi padre bajó la cuesta en dos zancadas, pasó el riachuelo y la emprendió a zurriagazos con la vaca. Le pinchaba con una vara que llevaba una pica como las de los picadores.

Yo tenía sangre de una pequeña herida que me hice en la cabeza al caer y arañazos en la cara. Mi hermana me limpió, y cuando llegué a casa mi madre me cortó el pelo alrededor de la herida para que no se me infectase.

El invernall día de 1929 en que nació Pedro, la mayor, Alicia, que tenía ya 13 años, había ido con su padre a moler la aceituna. Tardarían varias jornadas en volver al pueblo. Así que no podían auxiliar a María, que se puso de parto en casa. Sola. O mejor dicho, con dos hijas de 11 y 9 años más un hijo de 6 a su cargo exclusivo. Era un 22 de febrero:

MARI.— Cuando nació Pedro, mi madre dio a luz sola, completamente. Mi padre todavía no había regresado de moler aceitunas, y mi hermana Alicia esa vez se fue con mi padre, así había una boca menos en casa. Yo dormía cuando aconteció el parto, y mi madre me llamaba para que fuera a buscar a la tía Serafina —hermana de mi padre—, pues era la que asistía a las parturientas y recogía a los niños, los lavaba y ataba el ombligo. Esa era la asistencia que tenían las pobres mujeres.

En realidad, las mujeres sabían arreglárselas para todo, y muy bien además. Por supuesto, la cultura y las tradiciones no valoraban de igual manera el trabajo de ellas y el de los hombres, como todavía sucede hoy en buena medida, incluso en cuanto a la retribución dineraria. Pero nunca debemos olvidar que las mujeres trabajaban en el campo y cuidando de los animales cuando hacía falta, además de encargarse de la prolija tanda de faenas domésticas, bastante más numerosas —y duras— entonces que ahora.

Por este tenor transcurrían, lentos, los años. Llegó 1931. Con él, otro niño, Ernesto, casi en coincidencia con el umbral de la etapa republicana. Y enseguida, junto al transtrán de los hechos cotidianos, los cambios de todo orden que trajo consigo el nuevo régimen, y más tarde los dolorosos quebrantos con que se cerró la década. Así resume Mari aquellos tiempos, entablando un interesante paralelo entre lo individual y lo comunal:

MARI.— Ernesto vino al mundo en el mes de marzo, el día 24, y pasado el verano me llevó mi padre a Checa con mis tíos, Juan y Juana. Su hija Sabina era modista, y yo quería aprender el oficio, por eso mis padres me llevaron allí, de acuerdo con mis tíos para ayudarles en las faenas de la casa a cambio de aprender a coser con mi tía Sabina. Tenían otros dos hijos, Federico y Humberto. A consecuencia de la guerra, Humberto tuvo que irse a Argentina, y emigraron con él un hermano de Juan, el secretario, y otro hermano de mi abuela.

Como yo era muy joven, pues acababa de cumplir 14 años, casi todo el día se me iba en las faenas de la casa y solo por la tarde podía sentarme un poco para coser. Así pasaron tres años de mi vida, pero al comprender que tampoco allí tenía futuro, escribí una carta a mis padres para decirles que, como iban a venir a buscarme para fiestas, me quedaría con ellos trabajando en el horno, pues en el verano siempre había mucha faena; y sin intención de volver a Checa, pues no veía futuro alguno para mí.

Además de la faena del horno y del campo, había nacido Reme, la más joven de todos mis hermanos, y ya se acercaba la recolección, la siega y demás trabajos del verano, con lo que era buena excusa para quedarme en Griegos y no volver a Checa. ¡Y en tan buena hora! Fui con mis padres para fiestas, que son el 29 de junio, y la guerra empezó el 18 de julio, no había transcurrido ni un mes.

La verdad, muchas veces he pensado que no sé qué hubiera sido de mí, pues a mi tío Juan, que tenía entonces 72 años, lo fusilaron. Fueron a Checa, a su casa, en busca de su hijo Federico, pero se había escapado y, al no encontrarle, se llevaron al padre. Podéis figuraros en que estado se quedó la familia. Desolación completa. Además de la pérdida del padre, y sin saber donde estaba el hijo, quedaron la madre ya anciana (tía Juana) y Sabina, la hija, sin recursos. Juana aguantó aquello mal, muy mal, y murió pronto. Federico, al enterarse, se volvió loco y se creía responsable de la muerte de su padre, y también murió.

Mientras tanto, los quehaceres seguían su curso inexorable. Al cumplir los 11 años, Julián empezó a colaborar con su padre en los trabajos del campo y del ganado. Corría 1934 y había nacido ya Reme, la más pequeña. La última de siete hijos. Alicia, la mayor, acompañaba a Isidro y Julián cuando tenían que quedarse varios días en alguna finca provista de paridera para el ganado y cabaña donde guarecerse y pernoctar.

Allí, Alicia les guisaba la comida, aparte de ayudarles en las demás faenas.

JULIÁN.— A los 11 años, atosigado por tanto trabajo, mi padre me empezó a llevar a labrar con las vacas; y yo unas veces lo hacía bien y otras peor. Recuerdo que las pasaba canutas, porque si se cargaba el arado de tierra, no podía levantarlo.

Luego, ya más mayorcito, había un trabajo que me gustaba mucho, y era cuando nos íbamos a trabajar durante varios días a algún campo. En particular, me gustaba ir a la finca llamada Sierra Molina. Allí teníamos una paridera de ganado y una caseta que hacía de vivienda. Solía venir mi hermana mayor, Alicia, y ella, además de trabajar en el campo, hacía también la comida mientras nosotros seguíamos labrando. También recolectábamos el pipirigallo, que es una planta para las bestias; pero solo les dejábamos comer con moderación, porque si comen mucha cantidad no les sienta bien.

II. DÍAS DE ESCUELA Y JUEGOS

La escuela ocupó un lugar muy sustancial en la vida de los hermanos, que la frecuentaron cuanto les fue posible. Isidro y María estaban empeñados en que sus hijos, sin distinción de sexo, se instruyesen bien. Las memorias de Mari nos sugieren, entre otras muchas cosas, que en la

generación de sus padres la escuela estaba pensada exclusivamente para los niños, no para las niñas.

MARI.— A la escuela fuimos a los 5 años, pagando algo a la maestra, que era pan, o patatas, no lo recuerdo muy bien, solo sé que hasta los 6 años no era obligación llevar a los chicos a la escuela, pero mis padres tenían gran interés en que aprendiéramos. Mi madre decía: «No quiero que sean analfabetos, como yo». Ella sabía leer y escribir bastante mal. Cuando ella era niña no había maestra en el pueblo.

O lo que es lo mismo: en el Griegos de los primeros años del siglo XX, si los padres de las niñas tenían interés en que también ellas aprendieran al menos a leer y escribir, debían encontrar a alguna mujer que les enseñase, pagando por ello en dinero o especie. Pues la escuela pública era, de hecho, solo para los niños.

MARI.— La tía Anastasia, una señora del pueblo, les enseñó a leer y escribir. Los padres de las chicas le pagaban para que les enseñara (no sé como le pagarían, si con dinero o en especie). Esta señora era prima segunda de mi padre y yo la conocí casada, con dos hijos guapos. Para los chicos había maestro, y bueno, pues mi padre sabía leer y escribir estupendamente y, sobre todo, sabía de cuentas, como decían allí. Él me aclaró a mi muchas cosas sobre el sistema decimal, pues la enseñanza de entonces para las mujeres era leer y escribir

y las cuatro reglas —sumar, restar, multiplicar y dividir—, algo de geografía, gramática, geometría e historia sagrada y catecismo. Todo de memoria.

«... y catecismo»: probablemente obligatorio y, sin duda, también por tradición. Tradición esta de la que se hacía cargo la parroquia. Pero es que hasta para aprender el catecismo había discriminación entre niñas y niños, como resaltan las palabras de Mari:

MARI.— Además, íbamos a la iglesia a dar catecismo con el señor cura y besábamos su mano, que, por cierto, olía a incienso. Las chicas mayores enseñaban a las más jóvenes y el cura atendía a los chicos.

En los años de la República, un maestro natural de Albarracín, llamado Alarico López Teruel, propuso eliminar esas distinciones en la enseñanza, cosa que permitiría ampliar y mejorar los niveles para chicas y chicos:

MARI.— El maestro Alarico quería hacer de las escuelas cuatro grados de enseñanza, pues había cuatro maestros, dos maestras para las niñas y dos maestros para los niños. Decía que si iban juntos niños y niñas se podrían lograr los cuatro grados de enseñanza, de la otra forma se limitaban a dos, párvulos y mayores.

Pero, a la postre, la guerra y la posguerra lo impedirían. Durante los años de represión franquista, concretamente

en 1941-1942, don Alarico fue «depurado como Maestro Nacional», según consta en los archivos. O sea, sancionado y apartado de su profesión, como tantos otros maestros: en torno a un 25 % de quienes ejercían el magisterio mediados los años 30, sostienen muchos historiadores.

Por su parte, Julián nos certifica el subido interés que había en su casa por que los chicos frecuentasen las aulas. La escuela era un plato sin duda muy alimenticio, pero de gusto más bien soso para quien, lógicamente, prefería el condimento de los juegos:

JULIÁN.— Empecé a ir a la escuela muy temprano, pues mi madre quería que aprendiéramos lo más posible. Las mañanas en la escuela se me hacían muy largas y el tiempo de recreo muy corto. Jugábamos al juego del tango, al de tú la llevas, al churro mangotero, en fin, siempre jugando y jugando, el recreo y las horas entre salir de clase e ir a comer y volver, y por la tarde al finalizar las clases, todo nuestro tiempo de juegos parecía cortísimo y siempre queríamos más.

Pero los estudios implicaban una disciplina a la que Julián acabaría por cobrar afición, con anecdotario familiar y administrativo de por medio:

JULIÁN.— Todos los años venía la Inspección, en compañía de alguna autoridad del pueblo; y aquella vez le tocó a mi padre, por ser primer teniente de alcalde. El inspector hacía preguntas a los chicos: las más

difíciles a los de las primeras mesas, y del medio para atrás un poco más fáciles o de pega.

Recuerdo que preguntó a la primera mesa: «¿Qué es España, isla o península?», y no supieron contestar. Pasaron la pregunta a la segunda mesa, donde estaba yo, y la verdad es que contesté no muy seguro, pero lo dije bien. «Península», dije, y el inspector me pidió que explicara por qué. Entonces me vino a la memoria lo que había oído a mi hermana Mari, que era muy estudiosa y constante en los estudios, y a mí, siempre pendiente de todo lo que acontecía en casa, se me quedó grabado: que España es una península porque está rodeada de agua por todas partes menos por una, que son los Pirineos. Recuerdo la cara de satisfacción de mi padre y también de don Emilio Martín, el maestro. Claro, yo también me sentí como un pavo, y a partir de aquél día se me complicó un poco lo de los estudios, porque a la más mínima ya me estaban preguntando, y tuve que estudiar más, y en mi interior me recriminaba por qué había contestado aquel día. Yo tenía mi puntillo, ya que si fallaba en las respuestas los niños se me reían y eso me fastidiaba bastante, así aquel día me sirvió de estímulo para estudiar mejor y aprobar los exámenes y llegar a dominar Geografía e Historia, sobre todo. Ambas llegaron a ser mi fuerte.

Todas estas vivencias escolares ocurrían cuando tenía entre los 9 a los 11 años, por lo que mi padre estaba muy ilusionado conmigo para que siguiera mis

estudios, y yo también me convencí de ello, y de que me gustaba estudiar para ser maestro.

Claro que, algunas veces, el juego nos podía y descuidábamos los estudios, entonces el maestro nos ponía castigos, privándonos del recreo o haciéndonos quedar en clase media hora más por la tarde, lo cual reducía y alteraba nuestros planes de juegos.

En cuanto a Pedro, era todavía muy niño cuando la familia tuvo que salir huyendo de Griegos, apenas 7 años recién cumplidos. O sea, que asistió a clase solo durante dos cursos, desde los 5 a los 7 años de edad. Seguramente por eso, lo que más recordaba de aquel breve período eran algunas ocurrencias infantiles, ingenuas y divertidas. Solía contar, por ejemplo, que un buen día cogió un reloj de bolsillo de su padre y se lo llevó a la escuela, donde, sintiéndose importante, lo sacaba de vez en cuando y le echaba una ojeada, imitando los gestos paternos. Luego se lo volvía a meter en el bolsillo. Así una y otra vez: lo sacaba, lo miraba, gesticulaba, y de nuevo al bolsillo. El maestro, entre perplejo y divertido, le dejaba hacer. Al acabar las clases fue a hablar con Isidro y a contarle lo del reloj. El abuelo prorrumpió en una carcajada y le dijo al maestro que no se preocupara, que era un reloj viejo e inservible...

En invierno, los niños llevaban por lo común pantalón corto y medias de lana altas, que les cubrían toda la pierna. La abuela María tejía ella misma las medias y calcetines con la lana de las ovejas de casa, una vez lavada e hilada.

MARI. — De calzado usábamos zuecos que los hacían los hombres de allí. Mi padre los hacía muy bien. Mi abuela y mi madre hacían las medias y calcetines de lana de vellón de las ovejas que, después de bien lavada, hilaban con una rueca. Más tarde, recuerdo que llevaban el vellón a un pueblo cercano y les daban la lana hilada.

Pedro tomó la costumbre de bajarse las medias hasta las rodillas durante las horas de clase. De esa manera, decía, no se le estropearían, y podría arrodillarse y arrastrarse y saltar sin temor de romperlas. El chico era muy divertido y todavía muy pequeño, así que en casa le reían las gracias sin más complicaciones.

III. LA CASA Y LA PANADERÍA

A medida que la familia crecía se hacía necesario ampliar los recursos para mantener a toda la prole. Entonces Isidro y María pensaron en montar un horno de pan. También necesitaban más espacio, así que compraron una casa al lado de la que hasta el momento les había dado cobijo. Las memorias de Mari y Julián ofrecen sustanciosos pormenores al respecto.

MARI.— Mi casa tenía en la planta baja dos cuadras, una para vacas y otra para caballerías, la entrada o patio, la gorrinera o pocilga para cerdos, el gallinero,

la conejera. También teníamos una nave para ovejas y cabras, situada a la orilla del pueblo. En invierno permanecían encerradas y mi madre tenía que ir dos o tres veces al día a echarles pienso y agua. Cuando nevaba era muy penoso, tenían que hacer camino en la nieve con palas y se formaba hielo, con mucho peligro para las caídas.

En el primer piso había cocina amplia y una sala grande con una alcoba. La cocina constaba de chimenea (hogar), un payo donde estaban los cantos de hierro, bien brillantes, un vasar y cantarera, donde se colocaban los cántaros de agua. El vasar, de tres aparadores o estantes para la vajilla y los pucheros y perolas. En la sala había una cama grande y en la alcoba dos camas. En este piso dormían mis padres y los chicos pequeños. Las chicas teníamos habitación en el segundo piso.

Mis padres compraron otra casa al lado de la nuestra, utilizando la planta baja para los animales y el piso superior para almacenar el pienso y desahogo de la nuestra. Así, la planta baja de nuestra casa, con el tiempo, se dedicó a panadería, y para subir al primer piso hicieron una escalera por fuera.

El pan se vendía o se trocaba por otros alimentos; lo más habitual era cambiarlo por harina, con un cierto margen de ganancia. El dinero en efectivo circulaba poco en los pueblos pequeños, donde la economía se asentaba, sobre todo, en la producción propia y el

autoconsumo. El horno de Isidro y María también despachaba a pueblos vecinos.

MARI.— El dinero se manejaba poco, porque había ingresos solamente de lo que se podía vender de la cosecha y de los animales. Las ovejas daban, además de los corderos que se vendían en primavera, su lana, que esquilaban en el mes de junio y venían a comprarla de una fábrica que había en Molina de Aragón. La vaca Marinera tenía cría todos los años y también la yegua tenía su potrillo.

Las gallinas también contribuían en los ingresos con pollitos (cuando estaban cluecas) y con huevos. Nos daba para comer y comprar alpargatas. Teníamos leche de las cabras. A una de las cabras la llamábamos Pepita y tenía tetas tan grandes que mi madre le hizo un saquete para sujetarle y que no se rozara con los matorrales y se lastimara.

JULIÁN.— Mi madre y mis hermanas elaboraban el pan, y, además de las faenas de la casa, se ocupaban de los cerdos, gallinas, patos, corderos, y demás animales. En fin, se hacía de todo y todos poníamos nuestro granito de arena, pues todas estas faenas eran necesarias para sustentar a una familia numerosa como la nuestra.

La panadería empezó a funcionar con el esfuerzo de todos y, por lo menos, pan no faltaba en casa. El pan se vendía o se cambiaba (trueque), normalmente por harina. El cambio se establecía en una proporción de 100 kilos de harina por 115 de pan.

IV. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Fuesen chicos o mayores, los hijos colaboraban en los trabajos de la casa y echaban una mano allá donde los necesitaran, siempre de acuerdo con sus posibilidades y, sobre todo, sin descuidar el estudio. Es decir, fuera de las horas de escuela. Por supuesto, lo primero eran los estudios, pues Isidro y María se mostraban muy estrictos en eso, como ya hemos visto. Pero cuando llegaba el final de curso y acababan las clases, empezaba la cosecha de cereales, que se prolongaba en agosto con la más fatigosa, la del trigo. Entonces todos auxiliaban en las labores del campo.

MARI.— Eramos muy jóvenes pero ya teníamos sentido de responsabilidad y ayudábamos lo que podíamos, Alicia con mi padre en el campo, yo cuidaba de mis hermanos Isabel, Julián y Pedro. A Pedro le llevo 11 años y prácticamente estaba a mis cuidados en época de recolección, pues mi madre prefería ir ella a recoger lentejas y yeros porque le cundía más que a mí. Yo cuidaba bien de los chicos y de la casa.

JULIÁN.— Conforme pasaba el tiempo y me iba desarrollando y creciendo, mi padre me iba empleando más en las faenas del campo, como, por ejemplo, apacentar las vacas por las mañanas y ordeñarlas, así teníamos leche suficiente para nuestro consumo. Después de esta faena, yo volvía a casa para estar listo e ir a la escuela.

Entonces, mi padre iba con las vacas a labrar los campos. A veces yo tenía que volver al encuentro de mi padre, una vez acabada la faena, para llevar las vacas a la dehesa, donde pasaban la noche. Así, mientras tanto, mi padre iba con las mulas a por leña para el horno.

Pero antes de cosechar, tarea que ocupaba en largas jornadas el centro del verano, la primavera traía consigo la oportunidad, grata y —sobre todo— útil, de campar a sus anchas por el monte renacido para buscar setas.

JULIÁN.— En los meses de mayo y junio recolectábamos setas y champiñones de monte. Las setas carderas, que se crían donde crecen cardos, son blancas y exquisitas. Los cardos brotan en primavera, los pelábamos y cocíamos el tronco, que comíamos como otra verdura. Hacíamos las setas de muchas maneras y nos gustaban mucho.

Los champiñones de los prados crecen donde pastan los ganados vacuno, caballar, ovino, etc. Son muy buenos y muy buscados también por el ganado que los comen de buena gana. Nos llamaba la atención que donde brota el champiñón la hierba es más verde y formando media luna o en líneas quebradas. La recolección de setas nos gustaba más por la comida que como un juego, y solíamos ser muy respetuosos con ellas. Así pues, nuestra vida era muy entretenida y a la vez muy sana, comíamos mucha verdura, sobre todo, y carne de animales bien cuidados y tratados.

Entrado ya el verano, todo se supeditaba a las cosechas y sus tareas anejas. Agosto lo protagonizaban el trigo y sus faenas —segar, trillar, aventar, cribar, ensacar—, conforme nos explican Mari y Julián.

MARI.— En verano trabajábamos mucho, pues la recolección de toda la cosecha se hacía en poco mas de mes y medio, ya que el trigo no está para recolectar hasta el mes de agosto; y como todo se hacía a mano, segar, arrancar lentejas y yeros, después trillar con trillo con pedernales, tirado por las mulas, que también en esto nos empleaban a las chicas y los chicos... Luego de recogida la parva, a esperar aire propicio para aventar, que consiste en separar la paja del grano.

Se aventaba con una horca, cogiendo la parva (o sea, el resultado de la mies trillada) y tirándola al aire. Así, el grano cae por su peso y se hace un montón, y la paja es arrastrada por el viento, formando otro montón mucho mayor. Después, todo el grano se pasa por una criba para que quede limpio y se recoge en talegas o sacos, se mide por fanegas, que es una medida de madera. Hecho todo esto, se llevaba a casa cargado en las caballerías y se guardaba en trojes o atrojes.

JULIÁN.— Terminada la trilla, empezaba la tarea de aventar, y se solía aprovechar un día de viento, pues así era mas fácil separar la paja del grano. La paja se llevaba al pajar y el grano al granero. Todos colaborábamos para el transporte, desde el mas chico al mas grande, unos

con mantas, otros con sacos para llevar la paja y luego cargando los sacos o talegas de trigo. Hacíamos un descanso en la era para merendar y lo pasábamos bomba.

Los *yeros* o algarrobas de pasto, la cebada y la avena se molían para los animales, el trigo para amasar pan. La molienda se efectuaba en Tramacastilla, a unos 15 kilómetros de Griegos, de modo que era preciso acarrear el cereal a lomos de mula hasta esa localidad, en cuyo molino confluían labradores y cosecheros de los pueblos del entorno. Las lentejas iban a los sacos, unas para consumo propio y otras reservadas para trocarlas por alimentos que no producían en casa.

MARI.— En mi casa había varios trojes, uno para cada clase de cereal, trigo, cebada, avena, yeros, etc. Las lentejas se guardaban en sacos y los yeros se llevaban al molino a moler, para convertirlos en harina para los animales, ya que, revuelto con la paja, servía de alimento. También la cebada y la avena. El trigo también se molía para hacer el pan. En el molino se pagaba en especie. Yo fui una vez con mi padre al molino, a Tramacastilla, para que cuidase de la mula mientras él se ocupaba de la molienda.

Las lentejas de Griegos eran buenísimas y llevaban una fama bien merecida, pero solo cogíamos para el gasto de casa y para «hacer trueque» por miel o manzanas. Las patatas también eran buenísimas, completamente de secano, y por ello se conservaban bien

todo el año. Se empleaban también para alimentar a los cerdos —gorrinos—. En los huertos se criaban lechugas, pepinos y judías verdes, y coles para el invierno, que a veces nos comíamos en ensalada.

En medio de todos estos quehaceres, algún adolescente al que ya conocemos bien procuraba arañar tiempo a retazos para jugar y trastear con los amigos, como era habitual en él. Ya adivináis de quién hablamos... Pero cedámosle la palabra a él mismo:

JULIÁN.— La época del verano era muy agobiante para mí, porque, como estaba de vacaciones, casi todo el día me tenían empleado en faenas caseras y del campo, sobre todo en la siega. Cuando llegaba el tiempo, mi padre empezaba a segar de madrugada con los peones, y más tarde mi madre me mandaba llevarles el almuerzo, lo cual yo hacía ayudado de una caballería. Cuando terminaban de almorzar, vuelta a casa a por la comida y vuelta al tajo de nuevo. Entre el tiempo del almuerzo y la comida, yo siempre trataba de sacar un rato para jugar con mis amigos y preparar nuestras correrías y nuestras excursiones por el campo.

Después de la siega, venía la trilla, entonces la gozaba más porque me gustaba mucho ir subido en el trillo y hostigar a las pobres bestias para que corrieran. Tanto las presionaba que, a veces, se salían de la parva y mi padre me renegaba, haciéndome bajar del trillo y tomando el mando para enseñarme

cómo lo tenía que hacer. Se escapaba algún cachete que otro, pero en cuanto podía, yo volvía a hacer la misma travesura, pues a esos años me parecía muy aburrido ir despacio en el trillo al paso lento de las caballerías. Disfrutaba con un poco de riesgo.

La temporada veraniega se cerraba con la feria de Orihuela del Tremedal, adonde cada septiembre acudían para comprar y vender. Era esta una manera de fomentar la circulación del dinero y adquirir productos necesarios para casa, aunque no faltasen —claro— los caprichos modestos:

MARI.— La feria de Orihuela, que se celebraba a mediados de septiembre, ¡era muy variada! Allí se vendía y se compraba de todo, principalmente animales: terneros, potrillos, borriquillos, cerdos, cabras, ovejas, gallinas, conejos, palomas y también vacas, yeguas, caballos, mulas y burros.

Había puestos de comida: bacalao frito, rosquillas, cacahuetes, garbanzos torraos, nueces, caramelos, chupones y más cosas. Desde luego era muy divertida, había miel, melones, zapatos y alpargatas.

V. LA TEMPORADA DEL FRÍO

El frío comenzaba temprano en los Montes Universales. Y todavía quedaba una última cosecha: al arrancar el otoño, se recogían las patatas.

MARI.— Después, casi en octubre, cogíamos las patatas. Íbamos todos a recolectar las patatas, chicos y grandes, primero mi padre barriendo el surco, los demás con un cesto a llenarlo y llevarlo al montón, después a seleccionar, las más gordas a sacos y las pequeñas también. Estas eran para los cerdos, cocidas y revueltas con harina o salvado; así engordaban y el resto del año comían cardos, hojas de remolacha y de patata, de lechuga y lechacinos. Todo hierbas del campo que con un cesto grande íbamos a cogerlas.

Algún día de los que cogíamos patatas pasábamos todo el día en el campo. Con las hojas secas y leña hacían una hoguera pero no hacía mucha llama, se quemaba poco a poco y hacía mucha ceniza, donde envolvían las patatas y se asaban divinamente. Además mi madre ponía merienda, algo de vino para mi padre y siempre había alguna fuentecilla cerca donde cogíamos agua fresca. Regresábamos al anochecer, cansados pero contentos.

Aunque el principal alimento era el cerdo y sus derivados, teníamos legumbres, coles, naranjas... que se hacía trueque con patatas. Una mujer del pueblo hacía viajes a Valencia, llevándose patatas y cambiándolas por naranjas. Allí, las patatas las querían para la siembra, y en casa del cura, que era de Gea, su familia traía manzanas y peras a cambio de patatas.

La matanza del cerdo —dos nada menos en casa de María e Isidro— era tarea invernal. Del *gorrino* se

aprovecha todo, como es sabido, y daba de sí para el año entero, según nos explica Mari. Los días de matanza eran fiesta grande.

MARI.— Con el aire tan puro y tan frío de entonces en Griegos, se curaban los jamones que daba gusto. La matanza era un acontecimiento. En casa se mataban dos cerdos, se hacían morcillas, chorizos, longanizas y otros embutidos. Uno de los cerdos se mataba a finales de noviembre y el otro en febrero, con el fin de tener morcillas para el invierno y primavera y dar tiempo a los jamones que secaran. Una parte de los chorizos se ponían en conserva y, de este modo, había comida para el verano, pues venían segadores y había que darles la comida durante el tiempo que duraba la siega.

La matanza era, además, una fiesta pues venían mis tías y mis primos para ayudar a salar los jamones y preparar las morcillas y chorizos y nos invitaban a los chicos. Nos reuníamos bastante gente, todos de la familia, y se hacía una buena comilona. Las chicas mayores ayudábamos a traer agua, a atar los embutidos y a fregar, pero lo pasábamos muy bien.

Y cuando el invierno apretaba, los muchachos encontraban otro motivo de diversión en las nevadas, por entonces frecuentes. Los zuecos de factura artesana operaban como un razonable híbrido de esquíes y patines, si no entendemos mal la descripción que hace Julián. Quien también nos habla de los fascinantes juegos bajo la nieve. Literalmente.

JULIÁN. — En el invierno, las nevadas son corrientes y copiosas. Entonces nosotros usábamos los zuecos para hacer esquí. Los zuecos eran imprescindibles para andar por tanta nieve y casi todo el mundo los llevaba. Se hacían en las casas, con piezas de madera trabajadas en forma de suela. Se les daba un grosor de 2 o 3 centímetros y luego se sujetaban a los zapatos. Para ello, se hacían unos agujeros alrededor del zueco con una barrena y, con unas cuerdas de esparto hechas a mano, se tejían una puntera y un talón y, finalmente, se sujetaban al zapato pasando la cuerda por los agujeros y rodeando el tobillo.

Cuando la nieve estaba blanda no se esquiaba bien, pero nosotros la pisábamos y allanábamos muy bien y, de esta manera, podíamos esquiar. Pero al siguiente día de haber nevado ya no hacía falta hacer nada, pues la nieve ya se había helado. Esos días solíamos esquiar a todas las horas libres, antes de entrar a la escuela por la mañana, a mediodía y luego, por la tarde, lo mismo. Hacíamos campeonatos y todo y lo pasábamos genial.

En fin, yo recuerdo nuestra infancia feliz, a nuestra manera de vivir. El invierno era helador, pero, así y todo, teníamos nuestras alegrías y juegos. Hacíamos túneles en la nieve, y bastante bien hechos por cierto, pues a veces pasaban las vacas, mulas y caballos por encima y no se hundían. Cuando nos cansábamos de esquiar, usábamos los túneles para nuestros juegos de policías y ladrones, persiguiéndonos por el laberinto que habíamos hecho. Otras veces, jugábamos a

tirarnos pelotas de nieve, simulando un combate entre dos equipos, escapándose algún pelotazo a la gente que pasaba. Cuando pasaba esto, salíamos corriendo para evitar algún que otro azote.

El invierno en Griegos «era helador», como escribe Julián. También largo y oscuro. Aunque la electricidad había llegado al pueblo unos cuantos años antes, las casas todavía no disponían de instalación. Y, por supuesto, para calentar la vivienda había estufas de leña, o el propio fogón, que a su utilidad para guisar unía su obvia virtud calefactora. La llegada de la electricidad dejó en la memoria de Mari un simpático recuerdo:

MARI.— En el otoño recogíamos piñas para quemar en una estufa que teníamos en un cuarto, abajo. Íbamos con la yegua aparejada con un serón y lo llenábamos hasta arriba de piñas. Lo pasábamos bien. Más que un trabajo era una distracción.

Mi infancia transcurrió en el pueblo, que yo conocí sin luz eléctrica. Yo era muy niña cuando la instalaron y me quedó el recuerdo de la multitud y expectación de aquel acontecimiento. El transformador de la luz estaba frente a mi casa, por eso allí se reunió la gente del pueblo, mayores y chicos, y también autoridades y curas. Algo que no se me ha olvidado es una mujer que se llamaba Sandalía, que gritaba: «¡Esto no puede ser!, ¡milagro, milagro!», o, «¡Es cosa de brujas o del demonio y algo nos pasará!».

Sin internet, sin televisión y sin luz apropiada para leer, las tardes del invierno se hacían eternas. Era preciso inventar algo para pasar el rato, sobre todo con un montón de criaturas inquietas danzando por la casa. Pero ello no constituía un serio problema para los abuelos, y en particular para él, pues Isidro era singularmente travieso y juguetón. De hecho los nietos y nietas mayores lo recordamos así. Casi como un chico más.

Pedro hablaba de un juego en particular que le gustaba mucho. Había que llenar una palangana de agua y poner una moneda dentro. La palangana se colocaba encima de una mesa, y los peques alrededor, y también los abuelos, claro. Se trataba de ver quién era capaz de coger la moneda con la boca, sin ayuda de las manos. Después de sortear quién era el primero en intentarlo, empezaban a meter la cabeza para tratar de sacar la moneda en un primer intento. Si no lo conseguía el primero del sorteo, el turno pasaba al segundo, y así iba corriendo hasta que alguno de ellos lo lograba.

Cuando los chicos daban mucho mal porque querían salir a jugar a la nieve, nuestros abuelos los entretenían con tretas como esta: María los llamaba al primer piso y, cuando estaban todos juntos, les decía que si querían salir a jugar podían hacerlo, pero con cuidado de que su padre no se enterara. Entonces ellos empezaban a bajar las escaleras despacio, sigilosamente, procurando no hacer ruido. Y cuando ya casi habían llegado abajo, una sombra oscura, provista de una vara larga y una máscara terrible, se abalanzaba hacia ellos, gritando y corriendo.

Felizmente sobresaltados, todos volvían sobre sus pasos, escaleras arriba, para buscar cobijo alrededor de las faldas de la abuela. Y así una y otra vez. El abuelo la gozaba inventándose mañas y disfraces.

En otras ocasiones, Isidro juntaba a las chicas mayores y les hacía prácticas de matemáticas como si fueran juegos. Así, jugando y riendo, aprendían sencillos trucos de cálculo que les ayudaban a progresar en sus estudios. Estos mismos juegos los practicaba años más tarde con alguna nieta en Zaragoza.

Una de las cosas que a todos les gustaba mucho era sentarse alrededor del fuego del hogar y contar cuentos de miedo, o leyendas antiguas de los lugares de Griegos. Especialmente cuando venía el abuelo Valentín...

MARI.— El abuelo Valentín era muy simpático, entretenía bien a los pequeños y a los mayores nos deleitaba contándonos cuentos y canciones, lo recuerdo muy bien. En el cuarto de la estufa, se sentaba en una silla baja, cantando las canciones de *La verbena de la Paloma* «Dónde vas con mantón de Manila...» y «Una morena y una rubia...». A través de la fantasía infantil, imaginábamos un sinfín de cosas bellas, yo por lo menos.

Llevaba una gayata y se servía de ella para llevar el compás y el ritmo de la música. Los cuentos que relataba eran de brujas y de animales y, como le pedíamos que nos contase más, decía: «Se me acaba el repertorio, ya sólo me quedan chistes verdes», ¡pues que sean verdes!, le insistíamos, «igual nos gustarán», pero jamás

nos contó un cuento verde. También contaba cosas de encantamientos, como la leyenda de la Noche de San Juan, de la princesa mora en las Peñas del Cuarto.

En fin, sin manejar mucho dinero, tomando del entorno solo lo que necesitaban, gastando la energía estrictamente precisa, cultivando y cuidando la tierra y los animales, trabajando, aprendiendo de generación en generación, colaborando todos, chicos y padres, en armonía con el resto de la familia y los buenos vecinos, eran básicamente felices. Así lo recogieron en sus memorias y así nos lo contaron a sus hijos. Sin el desastre que supuso la guerra, probablemente hubieran seguido en Griegos, pues allí radicaba su origen, allí estaba su casa y también sus perspectivas de futuro.

VI. AÑOS DESPUÉS

Un día, muchos años después, nació la primera nieta. Siendo todavía una niña, le preguntó a Isidro:

—Abuelo, ¿qué era yo antes de nacer?

El abuelo respondió al cabo de un rato, rascándose la cabeza:

—Tú eras parte de todo: del agua, del aire, de la tierra... De todo lo que forma parte de la vida.

—Pero abuelo —respondió la nieta—, ¿por qué yo no recuerdo nada de antes de nacer?

—Otra buena pregunta —dijo el abuelo, resoplando.

Después de un minuto, contestó:

—Bueno, tú no lo recuerdas, pero seguro que el Universo lo sabe.

Viendo que la niña ponía cara de no entender, probó de esta manera:

—Seguro que tú miras las estrellas por las noches, ¿verdad?

—Sí, me gusta mucho —respondió la nieta.

—Pues bien —dijo Isidro—, algunas de ellas ya no existen en el presente, pero vemos su huella en el cielo, que es su luz. Del mismo modo nosotros dejamos nuestras huellas en la tierra. Porque todo lo que existe, o ha existido, queda grabado en la memoria del Universo y tu memoria también está en él.

La chiquilla no se quedó muy convencida, pero estas palabras le dejaron una ventana abierta a la imaginación. Se dispuso a jugar, un poco aburrida ya de la charla. Pero se giró hacia Isidro y le hizo una última pregunta:

—Abuelo, entonces, ¿la tierra tiene mi memoria y sabe lo que he sido yo antes de nacer?

—¡Huy! Pues claro —dijo Isidro sudando—, ¡la tierra nunca olvida! Y ahora, vamos a jugar.



.....

Boda de Ernesto.



.....
Boda de Alicia.



.....
Comida de la boda de Ernesto.



.....

Familia de Julián con una amiga y su hija de Madrid.



.....

*Abuelos Isidro y María con María Jesús
(esposa de Julián), Carlos, Alberto (hijos)
y Alicia (sobrina) en la Plaza del Pilar.*



.....

Julián con su esposa y sus tres hijos.



.....

Reme con su sobrino Tomás y con Sixta (suegra de Julián).

**NOTA BIBLIOGRÁFICA
Y DOCUMENTAL**

Este relato de unos años fundamentales para nuestra historia familiar bebe de fuentes diversas. En primer lugar, y ante todo, de la memoria de nuestros padres y abuelos, que ha llegado hasta nosotros generalmente por vía oral, aunque en los casos de Julián y Mari hemos contado también con sus recuerdos fijados por escrito: ambos redactaron, de forma independiente, unos cuantos folios acerca de las vicisitudes que a ellos y a su familia les tocó vivir durante la Guerra Civil y la posguerra. Estos breves escritos autobiográficos —de 10 páginas en folio cada uno— se concibieron para un uso rigurosamente privado; tanto es así que, en el caso de Julián, ni siquiera sus hijos sabían de la existencia del mecanoscrito original.

Hemos consultado asimismo, con resultado desigual, los fondos de varios depósitos documentales (particularmente el Archivo Histórico Provincial de Teruel, la Fundación Bernardo Aladrén y el Archivo Histórico Nacional). En este orden, el utilísimo libro de Eloy Cutanda Pérez *La represión franquista en la Sierra de Albarracín* (Tramacastilla [Teruel], Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín, 2017) nos ha encarrilado hacia los expedientes de Teófilo Almazán Gonzalo, Vicente González Martínez, Baldomero e Isidro Ibáñez García, María Lazarán Garrido y Marina Soriano Bolós, esposa de Baldomero. Los registros de todos

ellos, así como los de Alicia, Mari e Isabel Ibáñez Lazarán, están también muy a mano en la amplia base de datos *Con Nombre & Apellidos. Desaparecidos y represaliados durante la Guerra Civil y la posguerra*, coord. Mercedes Sánchez, Zaragoza, Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica de Aragón, <connombreyapellidos.es> (Consultado: 15 de febrero de 2021). La economía narrativa de esta historia familiar explica que no siempre afloran a la superficie del texto, aunque se hayan tenido en cuenta para su trasfondo.

Vale la pena mencionar igualmente el artículo de María Dolores Saz Aguilar y Pedro Saz Pérez «Elecciones y II República en la Sierra de Albarracín» (*Rehald*, 3 [2006], pp. 67-84), que nos ha resultado muy útil para lo que su título acota. Los datos sobre la casilla caminera de Carboneras de Guadazaón, así como su fotografía, se han podido obtener a través de Xosé Luis Martínez, *Casillas de peones camineros de España*, <casillasdepeonescamineros.es>, 2015-2021 (Consultado: 21 de enero de 2021). El resto de las fotografías provienen del archivo familiar.

Por último, el ensayo de Wendell Berry *El fuego del fin del mundo* (Madrid, Errata Naturae, 2020) nos ha brindado algunas ideas de fondo que los lectores avezados a su pensamiento sabrán apreciar debidamente. A lo largo de estas páginas también cabría percibir un cierto trasluz de Paul Ricoeur, a cuenta sobre todo de «La vida: un relato en busca de narrador» (*Ágora*, XXV, 2 [2006], pp. 9-22). Pero ello es tan probable como casual. O impremeditado, si se prefiere.



16 FEB 1944

181

32499

FOTO GRACIA
SERIE DE HUECAS
ZARAGOZA

*Este libro, memoria pequeña de la tierra,
se acabó de imprimir—en risografía
y bajo el cuidado de Bolboreta Press—
en el mes de octubre de 2021.*

La historia de los Ibáñez Lazarán, que arranca en las altas y frías tierras de Griegos (Teruel), es una buena muestra de las vicisitudes que sufrieron las familias republicanas de los pueblos de España durante la primera mitad del siglo XX, y muy especialmente tras el golpe de Estado de julio de 1936.

A través de una voz plural —las páginas autobiográficas de Mari y Julián, los recuerdos transmitidos entre generaciones— nos adentramos en los sucesos políticos de la época y sus negras consecuencias. Presenciamos una posguerra de cárceles, maltratos, humillaciones, que corre en paralelo con una ardua reconstrucción de la existencia familiar lejos ya de Griegos, el hogar primero. Leyendo estas páginas conocemos también cómo era la vida de los Ibáñez Lazarán allí, en Griegos, tan apegada a la tierra, con una economía agropecuaria basada en el laboreo del campo, la fabricación de los propios enseres o el trueque de bienes y servicios. Una vida trabajosa, sin duda, pero también reconfortante, por cuanto se apoyaba en el intenso vínculo entre el medio y las personas. De estas últimas, de su esfuerzo común frente a las adversidades, trata el presente libro.